

ALFREDO FALERO*

EL PARADIGMA RENACIENTE DE AMÉRICA LATINA

UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA A LEGADOS Y DESAFÍOS DE LA VISIÓN CENTRO-PERIFERIA

PRIMERA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN INTERRUMPIDA Y EL LEGADO CONCEPTUAL

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Es conocido, para comenzar, que en América Latina, después de la Segunda Guerra, las variantes disciplinarias que se fueron afirmando para el estudio de la sociedad han estado marcadas por la idea multidimensional del desarrollo como objeto de estudio. En una primera aproximación, no es preciso insistir en la pertinencia general de la elección de la temática. Los países de la región –dígase a modo de escueto registro inicial– transitaban situaciones de inestabilidad institucional con militares cíclicamente golpistas y democracias ficticias o directamente inexistentes (si bien había algunas excepciones), con economías basadas en la exportación de productos primarios y escasa industrialización, con estructu-

* Magíster en Sociología. Docente de grado y posgrado e investigador del Dpto. de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay. Autor de artículos en libros y revistas de ciencias sociales de diversos países en temáticas de globalización, desarrollo y movimientos sociales. Entre sus trabajos recientes se encuentra “Diez tesis equivocadas sobre la Integración Regional en América Latina” en el libro *Pensar a contracorriente*, La Habana, Cuba, 2006.

ras de poder conformadas por oligarquías retrógradas y con problemas sociales estructuralmente agudos, especialmente de marginación.

Un cuadro atravesado, a la vez, por los cruciales intereses de Estados Unidos en su “patio trasero”, lo que pautaba en las elites políticas y militares de nuestros países posicionamientos oscilantes entre la docilidad a sus imposiciones y actitudes de autonomía construidas sobre bases ideológicas de acentos diferentes. Mucho se escribió sobre los brutales condicionamientos que impuso –mediante instituciones diferentes– la potencia hegemónica en la región, incluso hacia modestas alternativas de cambio, pero a la vez mucho parece haberse olvidado de esa historia.

Así es que la comprensión de ese complejo conjunto de fuerzas que modelaron nuestras sociedades, la cuales incidieron en la siempre esquiva posibilidad de desarrollo, se conjugaba con la pendiente necesidad de marcar los caminos que hicieran posible una superación de esa situación. Y el repertorio de los grandes interrogantes económicos, de las disyuntivas que se presentaban en ese terreno –entre la reflexión de corte imitativo de lo ocurrido con otras regiones y el presupuesto de originalidad latinoamericana que otros intentaban acentuar–, fue progresivamente haciendo necesaria la incorporación de otros elementos a la teoría económica, a la reflexión económica de la academia.

En efecto, con el correr de los años fue quedando claro que tal opción central de investigación desbordaba ampliamente hacia la necesidad de otro cúmulo de conocimientos correspondientes a otras perspectivas disciplinarias. Entre ellas debe destacarse particularmente la sociología. De hecho, es desde ese ámbito que se fue generando mucho más que una contribución explicativa de tono general o un conjunto de ideas de apoyo a una eventual “política económica” a aplicar.

Porque, debe marcarse, esa es la diferencia con lo que ocurrió en décadas recientes. El examen del desarrollo se confinó a la identificación de las medidas “técnicas” más adecuadas dentro del campo económico. La discusión preferencial se trasladó al ámbito de la tecnocracia, ese estamento nutrido principalmente de economistas, en disposición de condicionar la decisión de instancias formalmente superiores. El problema se desvinculaba de procesos sociales para pasar a ser de gradación, de intensidad del instrumento técnico, a lo sumo de elección de tal instrumento.

Ese cierre cognitivo, expresión de un giro geocultural que simplificada se designa como neoliberal, puede contraponerse precisamente a la etapa que comienza en la segunda mitad del siglo XX, en la que se pasó de la tímida apertura inicial hacia la conformación de las ciencias sociales en la región a un diálogo fluido entre estas y la economía y, en parte de ese estamento intelectual, a la construcción de

un pensamiento crítico¹. Tal es el contexto en que se sitúa el eje central del planteo siguiente.

La tesis que se propone es que a partir del pensamiento de la CEPAL –al que se sumaron contribuciones extrarregionales de raíz marxista como las de Baran y Sweezy– se comenzó a perfilar un nuevo paradigma que se transformó en una inflexión para comprender las posibilidades sociohistóricas de la región y los rumbos que se podían establecer para conducir a su desarrollo. Claro está, más allá de lo que este tránsito efectivamente supondría y la sociedad de destino considerada como referente teórico. Huelga decir que sobre ambas cosas había significados variados.

No es novedoso invocar la originalidad de algunas ideas que se plasmaron en la región a partir de entonces. Sin embargo, la caracterización que se ha hecho de tal proceso no resulta necesariamente adecuada. En tal sentido, proponemos la captación de una trayectoria de un conjunto de conceptos a través de la identificación y transformación de un paradigma. Esto supone considerar un registro espacio-temporal más amplio que el acostumbrado, ya que llega hasta nuestros días y admite traspasar fluidamente, inevitablemente, el inicial acotamiento a América Latina.

Como todo paradigma emergente, implicó la incorporación de un modo no sistemático de nuevas y fermentales discusiones y una actitud de apertura a formas de interpretación de la realidad que llevaron a construcciones intelectuales extraordinariamente creativas.

Tres son, a nuestro juicio, los ejes centrales que comprendió la nueva cosmovisión que intentaremos discutir en las páginas que siguen:

- la idea de una dialéctica polarizante intrínseca a un sistema único mundial que inficionaba las relaciones sociales y que permitía romper con lastres eurocéntricos para el análisis.
- una discusión que permitió abrir el camino conceptual hacia una “protección inmunológica” frente a la idea de dualidad estructural o de sociedades duales, que sin embargo todavía se sigue presentando en distintos formatos.
- la apertura (aunque no un desarrollo sustantivo) a la necesidad de investigar las formas características que asumían las estructuras de poder en la región, sus actores y sus conexiones transnacionales.

Tanto las búsquedas a través de la idea centro-periferia de la CEPAL como las distintas visiones sobre la dependencia, las críticas formula-

¹ Por cierto, no se pretende sugerir que el pensamiento social en la región comienza en la segunda mitad del siglo XX. Sonntag inicia prudentemente su recorrido por la evolución de las ciencias sociales de América Latina precisamente con esa aclaración (Sonntag, 1988).

das al carácter de dualidad estructural, y el conjunto de interrogantes abiertos a propósito de las características concretas que asumían las elites dominantes y los diversos sectores sociales dominados en la región, fueron expresiones (más fuertes o más débiles) de estos tres ejes. No obstante, este vuelo creativo quedó trunco, como veremos, a comienzos de la década del setenta.

Una serie de factores internos vinculados a las propias fuerzas intelectuales creativas que eran su sostén, así como factores vinculados a una intencionalidad de generar un orden político acorde al nuevo patrón de acumulación cuyas bases se instauraron con las dictaduras que luego se conocería como neoliberalismo, terminaron amputando las posibilidades de esta construcción paradigmática. Según nuestra opinión, más allá de algunos callejones sin salida que surgían de las líneas de investigación abiertas, existía una potencialidad que habría permitido abonar la ruta del nuevo paradigma. Sin embargo, ello no fue posible, y sólo continuó en esfuerzos aislados.

En la segunda parte intentaremos demostrar que, desde las décadas siguientes al comienzo del siglo XXI, algunas contribuciones generadas fuera de América Latina llevaron a restablecer la línea creativa de este paradigma sociológico, con consecuencias explicativas y propositivas de una alternativa de cambio para la región. Se trata de un proceso de reformulación de lo anterior para generar una cosmovisión no eurocéntrica de corte más ampliado y de carácter global. Su potencialidad para América Latina dependerá de la recuperación crítica de algunas preguntas que ya se formularon en las décadas del sesenta y setenta. Como todo paradigma, su proyección también dependerá de si logra fundar cierto involucramiento intelectual con patrones de construcción de conocimiento diferentes a los habitualmente restrictivos que se presentan en América Latina.

Para tal objetivo hemos optado por una perspectiva de registro panorámico sobre un conjunto de autores y categorías más importantes. Un recorte temporal que va desde la década del cincuenta a la del setenta permitirá en esta primera parte advertir ese proceso lento, creativo y contradictorio de una construcción paradigmática que pudo tener otra proyección. No intentaremos realizar un registro exhaustivo de autores participantes de uno u otro lado. Tampoco profundizaremos –como sería deseable– en determinados conceptos teóricos que en aquel momento engendraron fuertes polémicas. Ambas tareas exceden el marco de este trabajo.

Por otra parte, una segunda limitación que cabe advertir hace al enfoque disciplinario. Las ciencias sociales constituyen un terreno amplio que tampoco es posible cubrir en su totalidad. Nuestra base de aproximación es esencialmente sociológica, aunque considerando una definición amplia desde tal ángulo. Para quienes son celosos guardia-

nes de fronteras disciplinarias, debe recordarse que la sociología entendida desde esa amplitud por momentos se confunde con la economía política. No puede ser de otra manera.

En suma, anotadas las anteriores restricciones, esperamos que desde este ámbito disciplinario se ilumine un conjunto de temas presentes en aquel período y, lo más importante, que hoy vuelven a plantearse en la búsqueda todavía incierta de una trayectoria posneoliberal o, mejor aún, poscapitalista. En todo caso, el desafío del que trataremos de dar cuenta no es más que otra de las aventuras con que ha emergido siempre el pensamiento crítico para derribar barreras y elaborar estrategias que permitan lograr sociedades más justas.

LOS PARADIGMAS Y LAS CIENCIAS SOCIALES

En los años sesenta, en un contexto donde la revolución política era un escenario palpable en América Latina, existió la posibilidad real de plasmar también una revolución en la construcción del conocimiento en ciencias sociales en la región. Ello comenzó a ocurrir de la mano de algunas ideas, nociones y conceptos no eurocéntricos, pero, al igual que la revolución política, nunca llegó a completarse. La idea de construcción global polarizada centro-periferia como eje central sobre el cual giraban otros elementos estaba comenzando a llevar a cabo esa posibilidad y, de haberse afirmado, habría tenido otras derivaciones no sólo en la construcción del conocimiento sobre América Latina sino en la incidencia para una transformación social.

Partiremos en consecuencia de considerar el estudio clásico de Thomas Kuhn sobre la estructura de las revoluciones científicas (Kuhn, 1986) que, desde que fuera originalmente publicado en 1962, ha sido centro de profundos debates y ha tenido notorios efectos epistemológicos. Una primera pregunta que corresponde realizar a partir del mismo es la pertinencia de su utilización en las ciencias sociales².

Como ha afirmado Harvey, un repaso del pensamiento en ciencias sociales también permite confirmar que en estas han existido revoluciones (Harvey, 1985). Tal es el caso de Adam Smith y John Maynard Keynes específicamente con el pensamiento económico. Lo mismo puede afirmarse de Karl Marx, y no solamente con el pensamiento económico, ya que allí hay también sociología y filosofía de la historia, configurando una forma de pensar interdisciplinariamente el cambio social.

2 No se es original en este planteo. A modo de ejemplo, se ha utilizado el esquema de Kuhn para el examen de la literatura sociológica uruguaya sobre movimientos sociales en el período post dictadura, registrando una tensión entre un paradigma hegemónico de la "poliarquía" de Dahl, donde la centralidad se ubica en el funcionamiento de los partidos políticos, y una perspectiva crítica con énfasis en la lucha de clases (Robert, 1997).

Ciertamente, no se discuten aquí las contribuciones de Emile Durkheim y Max Weber, a los que igualmente se considera autores clásicos claves en esa “cultura de la sociología” (Wallerstein, 1999; 2001) construida en el siglo XX y que resulta aceptada institucionalmente en la actualidad. Marx inaugura un programa de investigación que siempre interroga a la sociedad en la perspectiva de cambio, transgrediendo los límites de la estructura organizacional del conocimiento social de la época y generando las bases de una ruptura paradigmática. Sin embargo, tales bases nunca dejaron de estar teñidas de eurocentrismo (Amin, 1989). Semejante empresa intelectual requería otra ruptura paradigmática, otra perspectiva y otro espacio-tiempo social.

A partir de lo anterior, corresponde realizar un breve paréntesis epistemológico para fundamentar la pertinencia de un acercamiento al funcionamiento y al cambio de lo que llamamos *paradigmas*. Una primera definición, entonces, indica que se trata de realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica. Para ser aceptada como paradigma, una teoría debe parecer mejor que sus competidoras aunque no necesariamente explique todos los hechos que puedan confrontarse con ella.

Todo esto no puede permanecer estable en el tiempo. En la medida en que estos modelos de percepción son sustituidos, la ciencia va cambiando. ¿Cómo son sustituidos? El paradigma es siempre una guía que funciona inconscientemente para una determinada “comunidad científica”, y en general sus integrantes tienden continuamente a confirmar esa guía. De este modo, cuando se encuentran elementos que comienzan a contradecirlo, se los considera anomalías que se dejan de lado y que, en consecuencia, no ponen en cuestión el paradigma.

Precisamente, la idea de Kuhn de “ciencia normal” se relaciona con esos períodos de estabilidad regidos por un paradigma dominante que marca los conceptos que se utilizan. De este modo, en la práctica científica existen períodos en los que la necesidad de encuadrarse en el paradigma limita el descubrimiento. Permítasenos establecer que, pese a que pueda parecer lo contrario, hoy vivimos unos de esos períodos en las ciencias sociales, aunque también con algunas señales de apertura como las que pueden advertirse en la obra de Wallerstein, entre otros.

Precisamente, la apertura a un nuevo paradigma surge, en pocas palabras, cuando la anomalía genera la percepción de que se está ante la exigencia de lo nuevo, y por tanto, de transformarla en descubrimiento. Por supuesto, esto no significa una renuncia inmediata al viejo paradigma. “Aún cuando (los científicos) pueden comenzar a perder su fe, y a continuación a tomar en consideración otras alternativas, no renuncian al paradigma que los ha conducido a la crisis. O sea, a no tratar las ano-

malías como ejemplos en contrario, aunque en el vocabulario de la filosofía de la ciencia, eso es precisamente lo que son” (Kuhn, 1986: 128).

Sin embargo, la acumulación de anomalías vuelve inviables a las soluciones parciales. “Las crisis debilitan los estereotipos” (Kuhn, 1986: 146) y las condiciones establecen que se está ante una revolución científica³. Es decir: “aquellos episodios de desarrollo no acumulativo en que un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo e incompatible” (Kuhn, 1986: 149). De la misma forma que sucede con una revolución política, se está entonces ante un salto cualitativo. En ambos casos hay un “sentimiento creciente” que conduce a la crisis como requisito previo de la revolución. Nótese el aspecto subjetivo que coloca el autor como clave en todo este tránsito, ya sea en toda una sociedad, o en una comunidad científica.

Tampoco está ausente en este contexto el conflicto entre paradigmas, entre el que descubre una anomalía y el que más tarde hace que la anomalía resulte normal dentro de nuevas reglas. Si el nuevo paradigma se consolida, esto significa una nueva fuente de método, problemas y normas de resolución. Se llega así a un esquema conformado por un ciclo persistente de cuatro fases que pueden sintetizarse de la siguiente forma: “ciencia normal”, “crisis” debido a anomalías insolubles, “revolución” con desplazamiento del viejo paradigma, y “nueva ciencia normal” constituida con el nuevo paradigma (Raj, 1998: 18).

Asumido este esqueleto conceptual a modo de grandes líneas metodológicas de lo que sigue, no puede soslayarse la fuerte discusión epistemológica desatada por Kuhn. Si bien toda la obra del célebre epistemólogo generó una industria de críticas –de hecho, la idea de revolución se tendió a matizar, y en consecuencia se es proclive a disolver su original sentido de ruptura visible– un aspecto particularmente debatido fue su tesis de que todo nuevo paradigma se torna inconmensurable respecto al anterior.

El autor sostenía que las teorías científicas rivales o sucesivas son diferentes, incongruentes entre sí, de modo que no es posible realizar una evaluación comparativa con los mismos criterios. Sin embargo, en el curso de la polémica, en años sucesivos Kuhn diluyó su dura visión original de la inconmensurabilidad. De todos modos, el marcar este aspecto permite advertir una postura relativista. Según Alan Chalmers, a pesar de que el autor rechazó que se le atribuyera este encuadre, no deja de advertirse en su trabajo que la superioridad o no debe ser juzgada en relación con los criterios culturales de la comunidad correspondiente

3 La noción de revolución científica fue introducida por Herbert Butterfield en 1949 en el mundo angloparlante, y desde entonces tuvo una extraordinaria influencia en los historiadores de la ciencia (Raj, 1998).

(Chalmers, 1987). Teniendo presentes estos elementos, se advertirá en las páginas que siguen que el esquema aplicado se separa de cualquier relativismo fuerte.

Visto de esta forma, es preciso notar entonces que la secuencia de Kuhn transmite un aire innegablemente internalista de la ciencia, vinculado siempre a la comunidad científica de referencia, que hace desaparecer del esquema ese conjunto de condicionantes sociales en las que tal comunidad se desenvuelve, y que limitan o habilitan para pensar un nuevo paradigma. Ciertamente, tampoco es novedoso postular esta crítica de “internalismo” en la resolución que hace Kuhn, pero es esencial considerarla aquí en tanto se está señalando la capacidad extensiva de su esquema a la práctica de la construcción de las ciencias sociales, lo cual siempre requiere fijar el contexto.

Estas no pueden considerarse como un universo puramente reflexivo. Siempre existen compromisos de todo tipo; siempre se depende de los recursos de investigación disponibles. Como resulta claro a partir de autores como Pierre Bourdieu o Anthony Giddens⁴, esa práctica nunca es independiente de las relaciones sociales existentes, y los conceptos que se formulan son el producto de los fenómenos que tratan de describir. En este sentido, el problema no puede separarse de las implicaciones y bases sociales del control y la manipulación (Harvey, 1985) de la práctica de determinados grupos clave de la sociedad en relación con otros grupos.

En tanto un nuevo paradigma supone una nueva red de conceptos, o al menos la organización bajo otro modo de los conceptos que pertenecían al antiguo paradigma, en ciencias sociales lo anterior significa tener la capacidad de hacer visible poderes e intereses ocultos. Esto sucedió particularmente con Marx. Las categorías, conceptos, relaciones y métodos de la teoría marxista “que tenían el potencial para formar un nuevo paradigma, eran una enorme amenaza para la estructura de poder del mundo capitalista”, de modo que “la revolución y la contrarrevolución en el pensamiento son, por consiguiente, características de las ciencias sociales que aparentemente no son características de las ciencias naturales” (Harvey, 1985: 131-132). Habría que agregar que esa “contrarrevolución” teórica, no siempre es visible; en ocasiones, lo que parece la afirmación de una aproximación crítica no es más que una legitimación de lo existente. No siempre se es enteramente consciente de esto.

Llegados aquí, se está en condiciones de observar las primeras líneas abiertas en América Latina de lo que puede reconocerse como dinámismos hacia la construcción de un nuevo paradigma.

4 Nos referimos a lo que ya comenzaba a visualizarse en trabajos como *El oficio de sociólogo* (Bourdieu et al., 2001) y *Las nuevas reglas del método sociológico* (Giddens, 1987), y que se profundizaría en obras posteriores de ambos autores.

LAS INICIALES TRIBULACIONES DEL CONCEPTO DE CENTRO-PERIFERIA

Como es conocido, la historia de esta idea capital (las relaciones centro-periferia) en la región se remonta a los planteamientos del argentino Raúl Prebisch y la CEPAL. Corresponde entonces recordar brevemente a ese grupo de economistas de matriz keynesiana constituido por él y otros importantes exponentes, algunos de los cuales son referencia aún hoy: Celso Furtado de Brasil, Aníbal Pinto de Chile, Aldo Ferrer de Argentina y Víctor Urquidí de México. Es preciso disuadir aquí de quedarse con una visión demasiado idílica de la autonomía de la primera CEPAL, porque como recuerda Ruy Mauro Marini, se trató de una agencia de difusión de la teoría del desarrollo surgida en Europa y EE.UU. con la finalidad de caracterizar y explicar –pero también justificar– unas relaciones económicas internacionales que beneficiaban a aquellos países (Marini, 1993).

No obstante, de eso no pueden desprenderse una contención conceptual ni una postura conciliadora en Prebisch. De hecho, se lo describe como “un hombre de poder y un líder nato, que a menudo exponía opiniones radicales e iconoclastas”, así como alguien que “tuvo un talento singular para combinar la poderosa ‘tríada’ de la teoría, la creación de instituciones y la elaboración de políticas” (Dosman y Pollock, 1993: 13). De lo anterior, todo sociólogo intuirá de inmediato una extraordinaria capacidad para construir un conjunto de redes sólidas que le permitieron sostenerse en distintos ámbitos y que lo habilitaron para postular con cierto eco algunas ideas.

Sea como fuere, Prebisch adquirió una visión regional y no amputadamente nacional del desarrollo. “Si el Banco Central había sido concebido como la columna vertebral del Estado argentino, ahora Prebisch concebía a la CEPAL como un instrumento singular para proyectar una visión regional” (Dosman y Pollock, 1993: 30). Estudiar la trayectoria de la CEPAL a partir de la década del cincuenta no puede separarse entonces de este estudioso del desarrollo.

En 1949, durante la conferencia de la CEPAL en La Habana, se hace la presentación de su informe conocido como el “Manifiesto” (Dosman y Pollock, 1998), que constituye un trabajo clave, paradójicamente no distribuido en su original español y sí, en cambio, en inglés en 1950. Hubo que esperar a 1962 para que apareciera el artículo “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” –tal el título completo– en el que expone claramente como autor su perspectiva de la relación centro-periferia.

Se trata para Prebisch de una idea ligada al intercambio desigual derivado del progreso técnico de los centros industriales, su consecuente aumento de productividad, y su capacidad para fijar los precios de exportación de tales productos frente a la producción de bienes prima-

rios y la menor productividad que caracteriza a los países periféricos. Esa relación negativa para la periferia se seguía ampliando, y a partir de allí establecía la necesidad de generar y ampliar un margen de ahorro capaz de aumentar la productividad y tender también a la industrialización de la región a pesar de sus límites.

No es preciso insistir en que, si bien hay una centralidad inicial en el tema del comercio internacional, a partir de allí se va delineando una postura crítica a la clásica aceptación de la “teoría de las ventajas comparativas”, una postura asimismo convencida de que mediante el mantenimiento de esa lógica centro-periferia se refuerzan progresivamente las condiciones de subdesarrollo. Sin embargo, particularmente desde una lectura sociológica de ese cuadro, cabe establecer a nuestros efectos otros énfasis.

Por ejemplo, en el trabajo citado aparecen aquí y allá algunos embrionarios elementos sociológicos que, más de 40 años después hoy vuelven a colocarse una y otra vez en diagnósticos y propuestas. Particularmente, se establece lo siguiente:

la escasez típica de ahorro, en gran parte de América Latina, no sólo proviene de aquel estrecho margen, sino también de su impropia utilización, en casos muy frecuentes. El ahorro significa dejar de consumir, y por tanto es incompatible con ciertas formas peculiares de consumo en grupos de ingresos relativamente altos (Prebisch, 1962: 14-15).

Se ha señalado que la visión de la CEPAL, más allá de Prebisch, no desconocía “la distribución de esas ganancias de productividad en el interior de los centros y periferias atendiendo a las posiciones de los grupos sociales que inciden en el proceso productivo” (Di Filippo, 1998). Probablemente sea así, pero se nos permitirá agregar que ese no desconocimiento no implicó una postulación contundente de la dimensión, sino una más bien tímida.

En esto reside justamente la importancia de este economista, en situar una parte del problema en el comportamiento de aquellos grupos con capacidad de acumular excedente e invertir, y en la utilización del mismo. Aquí, un inevitable terreno común entre cierta precursora sociología en la región y la economía política se hace visible. En efecto, en la década del cincuenta, Prebisch había tenido ya la influencia de José Medina Echavarría. Se trataba de un sociólogo de inspiración weberiana –que de hecho realizó junto con otros colaboradores la traducción al español de *Economía y Sociedad* de Weber en 1940 (Werz, 1995)– y que, tanto en la CEPAL a partir de 1952 como luego en el ILPES y en FLACSO, comienza a sacar la discusión sobre el desarrollo de la matriz fuertemente economicista en la que se desarrolló al menos hasta finales de los años cincuenta (Sonntag, 1988).

Esta apertura conceptual resulta decisiva. Eventualmente, la discusión podía girar estrictamente sobre intercambio comercial, tecnología a incorporar, tamaño de los establecimientos industriales, etcétera. Sin embargo, la deslocalización de la esfera economicista comienza lentamente a concretarse y, en consecuencia, se tiende a ampliar la mirada. En tal sentido, en ese terreno común de las ciencias sociales en general, otro actor clave que Prebisch coloca con una notoria importancia como potencial estimulador del desarrollo de América Latina es el Estado.

De hecho, su trabajo respira permanentemente ese aire de plan y control por parte de un Estado al que le adjudica la capacidad y la necesidad de regular en lo posible la relación centro-periferia. Por ejemplo, cuando especifica esa lógica en que no se puede evitar “el concurso transitorio del capital extranjero”, pero ello es precisamente para romper ese círculo vicioso de falta de capital-baja productividad-estrecho margen de ahorro. Otro objetivo es evitar “tensiones crecientes” y la manifestación de “agudos antagonismos sociales” (Prebisch, 1962: 16).

Más allá de esos temores, en la década del sesenta –en un escenario caracterizado por promesas de la era Kennedy y la Alianza para el Progreso– el autor de aire cuestionador deja paso al funcionario internacional promotor del diálogo Norte-Sur, particularmente como secretario general fundador de la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas (UNCTAD). Su contundente “manifiesto” se transforma en la más conciliadora identificación de la “brecha comercial” durante la UNCTAD I de 1964 en Ginebra. El “Señor Desarrollo de América Latina” se convierte en el “Señor Diálogo Norte-Sur” (Dosman y Pollock, 1998).

Corresponde detenerse aquí en la trayectoria de Prebisch, porque interesa más preguntarse por la seducción de su pensamiento; particularmente, por la propuesta de que un capitalismo dirigido políticamente es posible. Resulta más que probable que allí resida la clave. Tampoco debe estar ausente del cuadro su llamado a la “comunidad de pueblos latinoamericanos”.

Desde el punto de vista teórico, apoyadas en Keynes, las posturas cepalinas ofrecían entonces un orden de segundo nivel que parecía envolver esa “mano invisible”. Del mismo modo, las disparidades centro-periferia podían resultar yuxtapuestas, y por ello eventualmente removibles, pero no intrínsecas al orden global. A partir de aquí, se ha dicho que las preguntas bien podían ser estas: “¿qué tan provisionales y qué tan permanentes son estas estructuras de lo económico?, o mejor aún, ¿cuál es su estatuto ontológico?, ¿qué tanto restituyen el tiempo, dinamizan el orden de primer nivel sobre el que se asientan?” (De la Fuente, 1995: 114). Toda la discusión posterior en lo económico parte de estas preguntas. El eje de análisis centro-periferia adquirirá a partir de ellas otras derivaciones.

LAS ANOMALÍAS DEL PARADIGMA DE LA MODERNIZACIÓN

INSPIRACIONES TEÓRICAS

En términos generales, la modernización siempre fue una idea que connotaba un desarrollo lineal y que establecía una homología con los términos progreso y desarrollo. Mirar al futuro significaba mirar a los países desarrollados y, especialmente, el referente era EE.UU. Hacia finales de la década del cuarenta y a lo largo de la del cincuenta, el concepto adquiere autonomía conceptual. Dentro de la sociología, su elaboración retomó la tradición de autores clásicos, pero fue especialmente de la mano del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons que comenzó a tener las características de un paradigma.

La modernización aparece como un proceso immanente al sistema social y se relaciona con la especificidad funcional. La maduración social se relaciona con “patterns variables”, un concepto que enlaza la acción social y el sistema social, y que funciona como dilemas que enfrentan los actores. De este modo, Parsons establece cinco grandes dimensiones en cuanto a los criterios con los que se juzga:

1. Afectividad, es decir, razones emocionales, frente a neutralidad afectiva, es decir, criterios instrumentales.
2. Particularismo, si se juzga con criterios únicos, frente al universalismo, esto es, criterios generales.
3. Difusión o dispersión, es decir, comprometerse con otros en una amplia gama de actividades, frente a la especificidad, hacerlo con propósitos restringidos.
4. Adscripción o cualidad, en el sentido de atributos no electivos o características personales, frente a actuación o desempeño, es decir, juzgar por lo que hace, el estatus que da el desempeño.
5. Orientación hacia intereses privados, individuales, frente a orientación hacia intereses colectivos.

Se está así frente a un esquema aplicable a toda sociedad, donde no es muy difícil advertir cómo unos criterios de actuación se relacionan con una sociedad tradicional y otros con una sociedad moderna. Se trata de la correlación sociológica del esquema económico que Rostow explicita y difunde desde comienzos de los años sesenta con el nombre de *Las etapas del crecimiento económico*, y al que agregaba el sugerente subtítulo: *Un manifiesto no comunista* (Rostow, 1973). Recuérdese que, según este economista, en toda sociedad es posible establecer cinco etapas de crecimiento: se parte de la sociedad tradicional para pasar a las “condiciones previas para el impulso inicial”, y ya estamos entonces en ese “proceso de transición” que lleva al “impulso inicial”.

En esta etapa, “las fuerzas tendientes al progreso económico, que producían brotes e inclusiones limitadas de actividad moderna, se expanden y llegan a dominar la sociedad” (Rostow, 1973: 20). Estamos en la etapa de ahorro y cambios que permiten una mayor productividad agrícola. En la etapa de “marcha hacia la madurez” se comienza a extender la tecnología moderna; es el caso de lo que le ocurrió a Alemania, Inglaterra, Francia y EE.UU. en el siglo XIX. Luego se pasa a la era del alto consumo de masas, con aumento del “ingreso real per cápita” y, según se dice, se trata de una “fase de la que los norteamericanos comienzan a salir” (1973: 23). Luego vendría esa fase de desarrollo “más allá del consumo”, cuyas características no se pueden predecir.

Con la facilidad que otorga la perspectiva temporal actual, no es difícil reconocer que puede existir un conjunto diferenciado de situaciones –especialmente, las trayectorias de los llamados países “subdesarrollados” frente a los “desarrollados”– que el esquema de Rostow nivela excesivamente en determinados grupos en función de una carrera lineal. Esto no resultaba tan visible y, como sucede con todo paradigma, algunas críticas introdujeron matizaciones y complejidades al esquema lineal de cambio económico y social, pero todavía no se veía el alcance profundo de las anomalías.

De hecho, en la perspectiva marxista el modelo funcionaba igual desde el punto de vista epistemológico. Cámbiese sociedad tradicional y sociedad moderna por relaciones sociales de producción feudales y relaciones sociales de producción capitalistas y, más allá de las diferencias de lenguaje, no se encontrará una perspectiva sustantivamente diferente. Siempre se trata de etapas y, antes de llegar al socialismo, era preciso que se ampliaran, difundieran y universalizaran las relaciones capitalistas.

Para América Latina, el esquema conceptual no dejaba de proporcionar la ubicación desde donde se partía y una idea inequívoca de lo deseable. Para los liberales de izquierda, eran respectivamente países subdesarrollados (o la versión más edulcorada de esto último: “en vías de desarrollo”) y países desarrollados. Para el marxismo tradicional, era feudalismo en el primer polo y capitalismo y socialismo en el segundo. Ante tal abanico de aceptación del esquema epistemológico y político, no pueden sorprender las innumerables variantes sociológicas alcanzadas por este paradigma.

Entre ellas cabe citar, por ejemplo, abundantes trabajos de Eisenstadt⁵, aunque la aplicación más difundida, y seguramente una de las más creativas en la región, fue la realizada por Gino Germani en Buenos

⁵ Ver por ejemplo algunos de sus escritos de los años sesenta reunidos en *Ensayos sobre el cambio social y la modernización* (Eisenstadt, 1970), donde el esquema general es aplicado a un conjunto de realidades bien diferentes.

Aires. “Exiliado perenne”, como dice Horowitz (1992), generó una justa reputación de sociólogo “del desarrollo”, y también fue quien introdujo la denominación de “sociología científica”. Tendía, como veremos, a realizar una síntesis entre la tradición europea y la sociología norteamericana, particularmente a partir de Parsons, y es sabido que era un crítico del pensamiento marxista. De seguirse a Di Tella (1991), su posición ideológica puede caracterizarse como básicamente liberal en un sentido amplio (esto es, un liberal de izquierda); fue tanto un fuerte antagonista del marxismo-leninismo como un pensador que rechazaba el nacionalismo popular y las tradiciones orteguianas o católicas.

Según Germani, lo típico de la transición de una sociedad tradicional a una moderna es la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas. Por tanto, también coexisten actitudes, ideas, valores pertenecientes a las mismas. Si bien existe un *continuum* con una multiplicidad de formas, su esquema metodológico hace énfasis en los dos extremos del mismo, que a modo de tipos ideales constituyen, como en otros autores, la sociedad tradicional y la sociedad moderna.

Uno de sus trabajos más conocidos es *Política y sociedad en una época de transición* (Germani, 1979), producto de sus investigaciones en los años cincuenta y difundido a comienzos de los sesenta. Allí identifica tres cambios básicos en ese tránsito: se modifica el tipo de acción social de modo que del predominio de las acciones prescriptivas se pasa a las electivas, de la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institucionalización del cambio –esto significa que el cambio se torna un fenómeno normal– y, finalmente, de un conjunto indiferenciado de instituciones típico de la sociedad tradicional se pasa a una diferenciación y especialización creciente de las mismas. No es difícil apreciar hasta aquí una recuperación de la línea clásica que caracterizó a la sociología desde sus orígenes.

Existen condiciones, requerimientos del desarrollo económico, e implicaciones, consecuencias provocadas por ese desarrollo. No es fácil determinar en dónde colocamos exactamente cada variable, es decir, si es requerimiento o consecuencia; no obstante, lo importante es considerarlas en ese tránsito: estratificación social relativamente abierta, organización racional del Estado con participación de los estratos populares y lo que significa una transferencia de lealtades de la comunidad local a la comunidad nacional, secularización de las relaciones familiares y cambios en la estructura demográfica (con la introducción de un “comportamiento racional”).

De este razonamiento de transición de lo tradicional a lo moderno a través de un conjunto de variables, se desprende el carácter asincrónico de cambio en varios planos: geográfico, en tanto existen países y regiones dentro de los países ubicables en distintas épocas; institucional, de modo que coexisten instituciones de distintas etapas so-

cioeconómicas; de grupos sociales, ya que unos se modifican con mayor rapidez que otros; y motivacional, en tanto los individuos pertenecen a diferentes grupos y por tanto coexisten actitudes diferentes.

Las asincronías se relacionan, asimismo, con dos efectos sociales: el de demostración y el de fusión. Por el primero se observa que el comportamiento del consumidor es afectado por el conocimiento de niveles de consumo de otros países; por el segundo, se ve el traslado de actitudes que no son interpretadas en términos de su contexto originario sino en los tradicionales (lo que los refuerza), y es el caso de un estrato aristocrático adoptando pautas de consumo modernas.

Análisis como los de Germani proyectan así una idea de evolución hacia un orden social moderno donde hay “coexistencia” y “asincronías” de lo nuevo y lo viejo, conformando “sociedades duales”. La tarea del sociólogo es identificar empíricamente elementos que se convirtieran en variables, momentos, planos inhibitorios y dinamizantes de ese proceso. Si bien en escritos posteriores tendió a complejizar su cuadro y abrirse a la problemática de la dependencia, Germani no pudo escapar de ser identificado como uno de los representantes más claros de ese concepto de dualismo, y es que, de hecho, no dejaba de ser una noción clave de su edificio conceptual.

Sin duda, y como fue adelantado, los instrumentos teóricos utilizados por este autor reconocen variadas procedencias; sin embargo, conviene insistir, para evitar una lectura simplista de la aceptación generada en el momento, en que no fueron mecánicamente trasladados a la realidad latinoamericana, sino repensados para estas sociedades. Esto sucedió con su concepto de secularización, por ejemplo, que, proveniente de Howard Becker, recibió con Germani una elaboración original como “ethos” o “principio dinámico” (Vitiello, 1992). Por otra parte, la introducción de la historia en sus análisis sociológicos altera el propio paradigma estructural-funcionalista, lo que lo hace ir más allá de él (Ansaldi, 1992). Probablemente, esa perspectiva de “ir más allá” en algunos aspectos sociológicos sea su mayor contribución.

LA CRISIS DEL VIEJO PARADIGMA

De todo lo anterior, sin embargo, no puede invocarse con Germani una línea de resistencia a la vieja cosmovisión. De hecho, nunca dejó de entender la transición como una evolución lineal, unívoca, concibiendo a la modernización teleológicamente (Ansaldi, 1992: 71). Se puede decir que en esto hay cierto consenso, lo que nos lleva a advertir que las anomalías que podían aparecer en esta construcción nunca se identificaron como tales. Esos conceptos centrales fueron forjados en esa cosmovisión de mundo más bien no conflictivo, y como de inequívoca “explicación científica” (De Imaz, 1991).

Pero era una cosmovisión que comenzaba a ser puesta en cuestión fundadamente. El carácter encubridor de los promovidos como conceptos “científicos” fue marcado por dos autores que es preciso rescatar particularmente: Rodolfo Stavenhagen y el recientemente fallecido Andre Gunder Frank⁶. Ambos demostraron por separado que ni el subdesarrollo es una etapa previa del desarrollo –sino la contracara articulada del mismo–, ni el desarrollo debe verse como un *continuum*.

Sin embargo, si se observa con atención, se verá que los énfasis de ambos son distintos en función de la disciplina de origen y, consecuentemente, de las preocupaciones a que da lugar: la sociología en el primer caso, la economía en el segundo. Más específicamente, en el caso de Frank deberá recordarse que se trata de un académico de origen alemán, titulado en economía en Chicago, y que entre Brasil, Chile y México va construyendo su visión del subdesarrollo, por cierto bastante alejada de las posturas encontradas en su etapa en EE.UU.

Frank se convierte en un feroz crítico del tratamiento de las sociedades como entidades aisladas separadas de un proceso global, y en uno de los primeros impulsores de la visión de dependencia de Latinoamérica, por la cual se reconocía una subordinación que arranca con la conquista española como parte del capitalismo comercial en expansión. Su postura queda muy clara en uno de sus trabajos más difundidos, en el que desde el título se acuña una expresión que marca una innovación conceptual: *El desarrollo del subdesarrollo* (Frank, 1970a).

Contrariamente a lo que sostenía la tesis de Rostow y sus derivaciones, Frank observa que países desarrollados actuales nunca tuvieron subdesarrollo, aunque pueden haber estado poco desarrollados⁷. Enfatizando igualmente el carácter científico de su perspectiva, agrega:

gran cantidad de evidencias que aumentan por día, sugieren, y estoy seguro que serán confirmadas por las futuras investigaciones históricas, que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente aun los aparentemente más aislados sectores del mundo subdesarrollado. Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente ahí, son productos del desarrollo histórico

6 Entre los demás autores de perspectiva crítica del momento, no pueden dejar de reconocerse, por su proyección latinoamericana, los análisis de Pablo González Casanova. De su trabajo de la década del sesenta, deberá recordarse particularmente su concepto de colonialismo interno (González Casanova, 1987). Pero sin duda la lista es amplia y se pueden agregar preferencias más personales.

7 En su ensayo autobiográfico *El subdesarrollo del desarrollo*, Frank menciona que conoció a Rostow en el MIT e indica que, además de realizar un trabajo para la CIA, le había confesado que desde hacía años dedicaba su vida a “ofrecerle al mundo una alternativa mejor que la de Karl Marx” (Frank, 1991: 28).

del sistema capitalista tanto como lo son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas de las metrópolis nacionales de estos países subdesarrollados (Frank, 1970a: 31).

En otros términos, estamos ante evidencias de un nuevo paradigma que estaría confirmando que, más allá de los cambios registrados hasta ahora, siempre las relaciones “metrópoli-satélite” penetran y estructuran la vida social. Se trata de dos caras de un mismo proceso. Pero, como decíamos, el acento más sociológico de tal postura, y una de las primeras y más conocidas grietas en el paradigma hegemónico de una dualidad, fue introducido por Rodolfo Stavenhagen en 1963⁸.

Allí argumentó en contra de esas “dos sociedades” coexistiendo con dinámicas propias, ya sea en su versión liberal o en su versión marxista ortodoxa. Ciertamente, el punto de partida observacional es el mismo: no cabe duda de que en todos los países latinoamericanos existen grandes diferencias sociales y económicas entre las zonas rurales y urbanas o entre las poblaciones indígenas y las no indígenas, por ejemplo. Sin embargo, inmediatamente aparece una nueva perspectiva de rescate dialéctico: los dos polos son el resultado de un único proceso histórico, y existen relaciones mutuas entre ambos que hacen a “una sola sociedad global” (Stavenhagen, 1970: 83-84).

Contra la tesis difusionista –es decir, la difusión de pautas culturales así como de capital, tecnología e instituciones hacia los sectores precapitalistas–, Frank insiste en que “toda la sociedad de los países subdesarrollados ha sido, desde hace tiempo, penetrada y transformada por e integrada al sistema mundial del que forma parte integrante” (1970a: 429). Por su parte, Stavenhagen indica, entre otros elementos, que la tesis correcta sería que “el progreso de las áreas modernas, urbanas e industriales de América Latina se hace a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales” (Stavenhagen, 1970: 87).

De aquí se desprende una consecuencia metodológica y otra estratégica, ambas sustantivas. Respecto de la primera, la idea de reproducción de una “dualidad estructural” es falsa, ya que tiende a crear explícitamente dos o más conjuntos teóricos en lugar de observar un todo social (Frank, 1969b). En cuanto a la segunda, y brevemente compendiado, se está ante una tesis profundamente revisora para quienes se alineaban en una postura de cambio de tono marxista pero amparado en el paradigma eurocéntrico. Si bien el mismo podía proveer de cierta

8 En tanto Frank ya había leído trabajos anteriores de Stavenhagen, en su ensayo autobiográfico *El subdesarrollo del desarrollo* –y contrariamente a algunas interpretaciones posteriores equivocadas–, asegura lo siguiente: “puedo decir con certeza que nada tomé de las Siete Tesis de Stavenhagen ni en aquel tiempo ni desde su publicación en 1966. Mi agradecimiento a Stavenhagen fue erróneamente interpretado por Blomstrom y Hettne” (Frank, 1991: 39).

comodidad teórica y práctica, no se podía seguir pensando en zonas feudales, atrasadas o tradicionales como simple “obstáculo” a remover.

La tarea del científico social, razona Frank, no consiste en ver cuán diferentes son las partes sino, por el contrario, estudiar qué relación tienen las partes entre sí. De allí se deriva que, si realmente se quieren eliminar diferencias, se debe cambiar la estructura de todo el sistema social que da origen a las relaciones y, por consiguiente, a las diferencias de la sociedad “dual” (1969b).

No se puede ser más explícito respecto de las derivaciones de estrategia política que surgen, pues ¿cómo comenzaría ese cambio? Si las evidencias sustentan que las actuales regiones más subdesarrolladas fueron las más ligadas a las metrópolis y, contrariamente, los satélites experimentan su mayor desarrollo cuando los lazos se debilitan, no cabe duda del único camino posible. Esto es, se está ante la imposibilidad del desarrollo latinoamericano dentro de los patrones capitalistas, y ante la necesidad de una “desconexión” (que, como categoría de análisis, será trabajada posteriormente por Samir Amin) de la lógica capitalista.

Las escasas reflexiones de Frank sobre los eventuales actores sociales promotores del cambio social son más atendidas por Stavenhagen ya desde sus clásicas tesis: ¿tal vez la “burguesía nacional?”, ¿quizás la “clase media”? o, en un tono más clásico, la “alianza entre los obreros y los campesinos”. Un rápido repaso de los tres casos permite verificar una temática de actualidad asombrosa, particularmente respecto de la “burguesía nacional”, por lo que volveremos con este tema en un apartado específico.

En cuanto a la “clase media”, Stavenhagen observa que es un concepto que adolece de ambigüedades y equívocos. Por ejemplo, se lo puede utilizar para hablar del papel de los empresarios y, entonces, se está disfrazando la realidad; o, cuando se apunta a los profesionales, en muchos casos estos dependen económicamente de la clase dominante, y en general no tienen las características de progresista autonomía que se les atribuye. Finalmente, respecto de la alianza obreros-campesinos, se observa el interés de este sociólogo por alejar cualquier mecanicismo fácil que tienda a homogeneizar rápidamente intereses distintos.

Entre las críticas más importantes a la teoría de la dependencia, corresponde señalar la tajante disidencia de Ernesto Laclau, realizada en particular contra la posición de Frank a fines de los sesenta (Laclau, 1986). En su planteo no deja de suscribir las críticas a la tesis dualista, pero registra, polémicamente y a la vez, que “lo que resulta totalmente inaceptable es que Frank sostenga que la suya es la concepción marxista del capitalismo” (1986: 20). En tal sentido, apela a la categoría de modo de producción, señalando que el uso de la categoría “capitalismo” por el economista alemán resulta totalmente abusivo. De hecho, discute que la expansión europea fuera plenamente capitalista a partir del siglo

XVI y, en el poscriptum escrito seis años después, incluye en la crítica a Wallerstein y su trabajo sobre el moderno sistema mundial.

Más allá de la curiosidad teórica de que este autor, entonces preocupado por el uso adecuado de las categorías marxistas, adoptara años después un entusiasta sendero “post-marxista”, merecen subrayarse sus objeciones, por las cuales parecía excesivo hacer coincidir toda relación de explotación con el capitalismo mundial, en tanto tal postura llevaba a la categoría a perder especificidad analítica. Aun así, su base epistemológica, estipulando la sucesión de “modos de producción”, permanece inmutable, lo cual no deja de advertir la presencia de una tensión en el terreno de la redituabilidad explicativa entre los dos paradigmas, ya que se intenta obviar las anomalías eurocéntricas mediante la introducción de algunos ajustes⁹.

Tales ajustes se relacionaban con no dejar de ver que existían conexiones entre el sector moderno o progresivo y el cerrado o tradicional, y criticar a aquellos que no las veían. Sin embargo, tal aceptación no modificaba sustancialmente el esquema político general por el cual, previamente al socialismo, debía existir una etapa de desarrollo capitalista que permitiera remover las rémoras feudales en la producción. Nuevamente, aunque las palabras hayan cambiado, no son pocos los que actualmente sustentan la propuesta alternativa en la necesidad primaria de un capitalismo “en serio” para la región, ya sea basados en una imagen de capitalismo europeo, ya sea –y esta es una premisa complementaria– rescatando una mítica ética del capitalista weberiano.

Todo lo anterior no apunta a sostener que ese nuevo paradigma emergente no eurocéntrico de una totalidad en construcción no presentara problemas. Frank reconoce correctamente en su ensayo autobiográfico que, en el repaso de las debilidades de la “teoría” de la dependencia, nunca contestó la pregunta respecto de cómo eliminar la dependencia real (Frank, 1991: 53). Más allá de sus propios señalamientos reflexivos, una lectura sociológica de los planteamientos de los años sesenta seguramente encontrará una escasa ponderación de los actores capaces de llevar adelante un proceso de “desconexión” nacional o regional del sistema capitalista. Sin lugar a dudas, la revolución como proceso transformador era una posibilidad cierta, y esto de alguna manera neutralizaba preocupaciones académicas concretas sobre los actores sujetos del cambio social. No obstante, el hueco conceptual persistía.

De alguna manera, el propio Frank se ocupó del tema cuando había sido desechada la posibilidad de desvinculación de América Latina

9 En una entrevista concedida varios años después, Laclau vuelve sobre el tema y señala: “desde el comienzo mi reflexión teórica se centró en un esfuerzo por distanciarme de la perspectiva estrictamente clasista que había sido característica del marxismo clásico” (Laclau, 1987: 8).

del sistema. Una desvinculación, dicho sea de paso, que nunca supuso dejar de ver el papel que tenían las corporaciones multinacionales y la inversión extranjera y considerarlas como necesarias según indica en su autocrítica (Frank, 1991: 67). Lo cierto es que en la segunda mitad de la década del ochenta, junto a Marta Fuentes, propondrán “una nueva lectura de los movimientos sociales”.

En tal sentido, señalaban que “la problemática de la desvinculación podría ser reinterpretada a través de los diferentes nuevos vínculos, que muchos movimientos sociales están tratando de forjar entre sus miembros y la sociedad, y dentro de la sociedad misma” (Frank y Fuentes, 1988). Esta etapa intelectual del autor parece centrarse entonces en la posibilidad de desentrañar los ciclos de movimientos sociales y las coaliciones posibles. La transformación social a nivel global cambia en sus oportunidades, y ahora advierte que los movimientos sociales “se fundan sobre nuevas reglas democráticas que comienzan a funcionar en la sociedad civil [y] contribuyen a desplazar el centro de gravedad socio-político de la democracia política o económica institucionalizada (o cualquier otro poder) hacia la democracia participativa de base y hacia el poder en la sociedad civil y su cultura pero no más el Estado” (Frank y Fuentes, 1991: 197). Téngase presente que el foco de atención de entonces ya había dejado de ser, para él y otros autores, la cuestión de las posibilidades que tiene una región específica como América Latina, para pasar a ser la transformación cultural global de la mano de los movimientos sociales¹⁰.

Corresponde dejar la trayectoria de Frank, por el momento, para volver a la década del sesenta y a las contribuciones más notorias dentro de ese emergente paradigma. Llegados aquí, por cierto, nadie podrá innovar demasiado en los nombres que se ubican con contribuciones específicas dentro de la temática de la dependencia y el carácter de tales aportes. Si se trata de resumir, en este plano corresponde mencionar la propuesta de Cardoso y Faletto de fines de la década del sesenta, que a nuestro juicio tiene el valor de colocar las prácticas de los actores –o más precisamente las relaciones entre grupos, fuerzas y clases sociales– como producto y a la vez como sostenedoras de la dependencia (Cardoso y Faletto, 1990).

Abundantes pueden ser las implicaciones teóricas y prácticas que de este trabajo se derivan. Particularmente, el hecho de que Cardoso se haya convertido años después en presidente con una postura alejada de toda perspectiva de sociedad alternativa no dejará de agudizar las bús-

10 Debe recordarse en este punto que la discusión en América Latina se había desplazado a la capacidad de la sociedad civil para promover la transición de las dictaduras a la democracia y, a nivel global, a la caracterización de “nuevos” y “viejos” movimientos sociales.

quedas de contradicciones entre lo allí plasmado y su conducta personal. Sin embargo, ello no puede oscurecer que el libro en cuestión aporta un método para anudar la dependencia económica con el análisis de una sociedad en particular, y en consecuencia permitir un examen que va más allá de catalogar los escarpados obstáculos que encuentra una sociedad dependiente en el sistema capitalista.

La explicación teórica de las estructuras de dominación en el caso de los países latinoamericanos implica establecer las conexiones que se dan entre los determinantes internos y externos, pero estas vinculaciones, en cualquier hipótesis, no deben entenderse en términos de una relación “causal-analítica”, ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de lo interno por lo externo (Cardoso y Faletto, 1990: 19).

En ese sentido, la idea que subyace en todo el trabajo es la de una construcción relacional entre clases y grupos en la medida en que promueven sus intereses. O, lo que es lo mismo, por un lado no se ve coexistencia o yuxtaposición, como en esquemas sociológicos anteriores; por otro lado, la dependencia no es una abstracción totalizante, omnipresente y paralizante, como puede suponerse en una lectura simplista de la categoría.

Desde este punto de vista, más allá de la estéril discusión entre “enfoque” y “teoría” de la dependencia, desde la perspectiva temporal actual, no puede dejar de inscribirse lo anterior como una contribución, un camino, una apertura de posibilidades que el paradigma emergente brindaba. No es menor señalar que los autores aclaran, en el prefacio del trabajo en cuestión, “la estrecha relación con economistas y planificadores”. Así, pues, entre la teoría sociológica y la ideología del desarrollo aparecen luces de la siempre invocada pero poco practicada fórmula de la interdisciplinariedad.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA POLÉMICO: LA BURGUESÍA NACIONAL PERDIDA

El tema ya se había planteado a nivel global a partir de la conferencia de Bandung de 1955 y algunas lecturas de la realidad del movimiento de los “no alineados”. ¿Cómo se integra en la construcción aún tanteante, provisoria, de un paradigma no eurocéntrico? Debe hacerse notar, por más que pueda resultar una obviedad, que un paradigma abre preguntas posibles, pero sus respuestas pueden variar extraordinariamente dentro del mismo. Stavenhagen, por ejemplo, ya había advertido que los intereses agrícolas, financieros e industriales se conjugan en los mismos grupos económicos y, “así, muchos capitales provenientes de los arcaicos latifundios del noreste del Brasil, por ejemplo, son invertidos por sus dueños en lucrativos negocios en São Paulo” (Stavenhagen, 1970: 88).

En cuanto a Frank, profundizaría en otro conocido trabajo sobre los actores sociales, para lo cual se proveería de dos expresiones llamativas, aunque de estipulación terminológica debatible. En efecto, en su libro *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo* (Frank, 1970b), explica cómo la relación neocolonial transformó la estructura económica y de clases y la cultura, pero luego el imperialismo, al acelerar la producción y exportación de materias primas en Latinoamérica a finales del siglo XIX, volvió a transformar la estructura económica y de clase. El subdesarrollo es el producto de que el sector de la burguesía latinoamericana más ligado a la producción y comercialización de materias primas logró imponerse política y militarmente sobre el sector más industrial y nacionalista. Luego se hizo socio menor del capital extranjero. Se trata entonces de una “lumpenburguesía” que impuso sus propios intereses económicos y aumentó la dependencia del exterior.

Más allá de que se acompañe el planteo de Frank, deberá observarse una debilidad conceptual para caracterizar las fracciones o sectores de la clase dominante que el nuevo paradigma habilitaba. Probablemente su intento de establecer un innegable carácter relacional entre tales fracciones –propio de la literatura marxista– dificulte en este caso una separación analítica más esclarecedora. De este modo, en caso de seguir su razonamiento, la “oligarquía” latifundista no tiene vida independiente, y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial y la industrial. De la misma manera, indica que la empresa extranjera convierte masivamente a los empresarios locales en empleados burocráticos –gerentes o consultores– de la firma imperialista, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de dicha empresa. Sin duda, este proceso ocurre y se ha incrementado, pero el carácter generalizado que se le atribuye también puede distorsionar la realidad.

Probablemente, cuando se aborda el tema como esquema de acciones, pero marcadas dentro de las condiciones que se construyen en diferentes etapas sociohistóricas para la región, se gana en capacidad de diferenciar prácticas y posibilidades. De esta forma, a juicio de Dos Santos (1972; 1996), entre otros, existió una burguesía nacional en los países latinoamericanos que en México estuvo en la raíz del cardenismo, y que sirvió de inspiración y apoyo a los movimientos populistas de Juan Domingo Perón y Getulio Vargas, así como también dio origen al pensamiento de la CEPAL. Esa etapa sociohistórica llegó hasta la década del cincuenta.

Para Marini, fue justamente el bonapartismo el recurso político del que se sirvió la burguesía y que le permitió el apoyo de las clases medias y el proletariado para enfrentarse a sus adversarios –las antiguas clases terrateniente y mercantil–, aunque sin romper el esquema de colaboración vigente (Marini, 1969: 15). Esta etapa de reestructu-

ración, explica el autor, está vinculada a la afirmación de la tendencia imperialista a la integración de los sistemas de producción.

La etapa posterior, la “segunda etapa de industrialización”, requiere elevar las divisas disponibles para la importación de equipos, y para ello debe transigir con el sector agrario-exportador y, al mismo tiempo, descargar sobre los trabajadores el esfuerzo de capitalización. Paralelamente se experimenta “el asedio de los capitales extranjeros”, todo lo cual lleva a la burguesía industrial a evolucionar desde la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas, lo que da lugar a un nuevo tipo de dependencia (Marini, 1969: 18-19).

Si se observa el formato explicativo de Marini, se apreciará un intento de permanente articulación entre los actores mundiales del capital y los actores locales, sus alianzas, los cambios de bases de apoyo. De tal esquema surgen consecuencias inevitables que caracterizan al capitalismo subdesarrollado, en particular todo lo que sugiere su concepto de superexplotación del trabajo.

También en la perspectiva de Vania Bambirra (autora difundida a comienzos de los setenta) se reflexiona el tema. Bambirra mantenía la interpretación de que hasta los años cincuenta hubo un intento de afirmación de una burguesía industrial nacional¹¹. Sin embargo, lo novedoso en su producción teórica era el desarrollo de una propuesta tipológica. En ella dividía a los países en los de “tipo A”, es decir, aquellos con estructuras diversificadas, en los cuales hay un proceso de industrialización en expansión (México, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Colombia), y los de “tipo B”, con estructuras primario-exportadoras y cuyo sector secundario estaba compuesto aún casi exclusivamente por industrias artesanales.

Bambirra sustentaba enfáticamente en su trabajo que incluso en los países de “tipo A”, “en la actual fase de integración monopólica mundial, no es viable concebir, ni histórica ni teóricamente, la promoción del desarrollo en el nivel nacional ajena al desarrollo de este sistema a nivel mundial”. Esto lo vinculaba asimismo a que el desarrollo de las fuerzas productivas a nivel nacional no puede prescindir de las tecnologías más avanzadas logradas en otras partes que no están al alcance de empresarios nacionales (Bambirra, 1987: 100-105).

En el marco de la discusión sobre las implicaciones de la teoría de la dependencia con relación a la burguesía nacional, Bambirra se dedica, en un trabajo posterior, a contestar a algunos de los críticos, y nuevamente se intenta fijar el significado de la temática. Permítasenos

11 En palabras de Bambirra, las burguesías “han tenido que aceptar su destino histórico y echar por tierra las banderas del nacionalismo que, en vano, intentaron sostener hasta más o menos la mitad de los años 50” (1987: 117).

la extensa cita siguiente de su “anticrítica”: “cuando se afirma que no existe una burguesía nacional en América Latina obviamente no se trata de negar la existencia de la burguesía como clase. Esta interpretación sería completamente absurda. Lo que se plantea, con fundamento en la descripción de la situación real de América Latina, en base a datos evidentes y a una vasta comprobación empírica en muchísimos trabajos de investigación, es que en la medida en que las burguesías en nuestro continente se han asociado como clase al capital extranjero, tuvieron que abdicar de sus proyectos propios de desarrollo nacional autónomo. En este sentido, y sólo en este, no pueden tener un proyecto nacional, no pueden defender los intereses de la nación independientemente de los intereses del capital extranjero, pues ellas están asociadas a éste en calidad de socias menores” (Bambirra, 1978: 64-65).

A pesar de tal aclaración, siempre subsistió un desacuerdo conceptual que fluctuaba entre adjudicarle un carácter de eventual curso de acción voluntario (obviamente en función de ganancias posibles) o de limitación o constricción insuperable como para tener otra opción. Más cerca de la segunda opción, Dos Santos agrega a los factores económicos generales de bloqueo de una burguesía nacional (tecnologías, financiamiento, competitividad) una matización importante en relación con el cuadro anterior, cuando analiza el caso de Brasil y encuentra al golpe de Estado de 1964 como el momento fundador de este nuevo modelo que “logró detener a la burguesía nacional más importante del hemisferio occidental, con aspiraciones de convertirse en un poder internacional o por lo menos regional significativo, sustentada en la extensión de su país y en sus riquezas naturales” (Dos Santos, 1996: 159; 2003).

Si bien no deja de observar críticamente que el nuevo modelo consolida la alianza entre capital multinacional y burguesía nacional, obsérvese que al introducir en la discusión esta dimensión de índole sociopolítica –que, por otra parte, nunca deja de relacionar con el modelo económico– refuerza el carácter de limitante externo al actor más allá de su intención, modificando así la perspectiva general. Porque los golpes sucesivos posteriores en otros países pueden, entonces, invocarse igualmente como el instrumento idóneo para fijar límites al desenvolvimiento de la burguesía nacional y a sus supuestas perspectivas de independencia nacional.

De atenernos a esta postura, en verdad el cuadro conceptual tiende a mutar y acercarse de nuevo al viejo paradigma. Porque si bien se acepta a actores de un sistema capitalista que interviene para “normalizar” la extracción de excedente, parece adjudicársele a la burguesía nacional –antes de su compromiso con el capital internacional– un papel casi autónomo (además de revolucionario) dentro del Estado-nación. Desde este punto de vista, la articulación interno-externo planteada no parece sustentable en el nuevo paradigma. Además, desde el ángulo so-

cio-histórico, no se aportan suficientes evidencias de que así haya sido, porque, como es conocido, la sucesión de golpes de Estado en América Latina implicó a un conjunto de actores, algunos más “perturbadores” del orden capitalista periférico que la burguesía nacional.

LAS APERTURAS SOCIOLOGICAS DEL NUEVO PARADIGMA

A varias décadas de aquel período pre-dictaduras de fermento intelectual, no faltan quienes realizan, contrariamente, diagnósticos animados de simplificaciones abusivas sobre las reales contribuciones aportadas. No corresponde profundizar en la visión de quienes, habiendo participado en corrientes críticas en aquellos años, hoy caracterizan tal participación como “pecado de juventud”. Ya se sabe que el acompañamiento dócil al saber institucionalizado –recubierto de “finalidades prácticas”– es más cómodo que la creación perturbadora. Sin embargo, tal postura permite realizar una precisión clave.

Si la contribución de los autores integrados al nuevo paradigma fuera simplemente la dependencia como un conjunto de limitaciones estructurales externas, conformadas históricamente, y la necesidad de una revolución socialista, ni siquiera correspondería ocuparse del tema. En el clásico eje de discusión sociológica estructura-acción (y años antes, téngase presente, de los intentos de síntesis realizados en tal sentido en la línea del constructivismo estructuralista de Bourdieu o en la de la estructuración de Giddens) simplemente se estaría ante la supremacía de la estructura restrictiva de la acción, aunque con el convencimiento de que de algún modo habría que reemplazar la primera. Efectivamente, esto habría significado muy poca contribución sociológica.

Pero no es ese el caso. Ya se ha estipulado que la base del nuevo paradigma remite al concepto de dependencia (más allá de disputas sobre “enfoque” y “teoría”). Sin embargo, lo importante es que a partir de esa base se van abriendo preguntas antes no formuladas y, al mismo tiempo, desechando –desde el ángulo de las propias sociedades periféricas latinoamericanas– construcciones conceptuales como la de dualidad estructural que el paradigma eurocéntrico anterior habilitaba a colocar como centro explicativo.

Para autores con distintas perspectivas, como hemos visto, se observa que la dependencia no supone simplemente restricciones estructurales externas, sino bases de poder diferentes respecto de las sociedades que se colocaban antes como el referente más o menos difuso a lograr (las europeas o la norteamericana). Se puede criticar a uno u otro autor por no armar bien su modelo explicativo, pero no se puede acusar a todo el paradigma emergente de no permitir introducirse en la real complejidad de fuerzas y tendencias propias de sociedades periféricas como las de América Latina.

De hecho, años después, en pleno bloqueo del paradigma, como explicaremos más adelante, Bambirra observa enfáticamente que “no se puede aceptar, de ninguna manera, que la teoría de la dependencia haya caracterizado a la dependencia como un fenómeno externo” (1978: 80). Más allá de que la sustantividad de la crítica que despliega la autora allí (así como los referentes elegidos para realizarla) puede resultar discutible, la intención apunta a mostrar una complejidad que frecuentemente se soslayaba. También tiende a señalar que la posición conceptual desde la que se parte para criticar tampoco parecía resultar conceptualmente muy productiva: “los críticos, por lo general, no han presentado una proposición alternativa, no han indicado un camino nuevo de análisis del capitalismo en Latinoamérica: en esto reside la esterilidad de todo su esfuerzo” (1978: 102).

Un aspecto clave –que no se entiende si se desvincula del contexto– es que en los años sesenta, bajo la nueva cosmovisión, comienza a resultar ostensible la disidencia con un traslado mecánico de Marx y otros autores a la realidad latinoamericana. No pueden ser leídas de otro modo preguntas como las de Frank sobre si la población “flotante” o “marginal” –que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana– puede considerarse un “lumpemproletariado” y, en tal sentido, si sería políticamente inorganizable, como los comprendidos en la categoría marxista (Frank, 1969a).

Del mismo modo puede ubicarse a Marini cuando introduce la acentuación de la explotación como especificidad propia de la periferia bajo el concepto de “superexplotación del trabajo”. Este supone un formato social por el cual la acumulación descansa sobre la mayor explotación del trabajador y no sobre el aumento de la capacidad productiva.

De su examen, el autor extrae no sólo consecuencias socioeconómicas sino, políticas. Recordemos brevemente:

la superexplotación del trabajo no sólo contribuye a limitar la capacidad teórica de las vanguardias revolucionarias [...] sino también abre un abismo entre las grandes masas, sumidas en la ignorancia, y la pequeña burguesía, cuyo único privilegio social efectivo es el acceso a la cultura. Cuando, además de esto, la explotación económica va aunada a la diferenciación racial, como es el caso más general, el distanciamiento entre la pequeña burguesía y las masas se acusa (Marini 1969: 151).

Mas allá de que a comienzos del siglo XXI el planteo sería escrito por el propio Marini de forma diferente, no cabe duda de que el mismo es una invitación a formular nuevas preguntas a partir de una situación socioeconómica particular.

Una de las categorías que generó mayores debates –dentro y entre paradigmas– fue la de marginalidad. El fenómeno social visible de la

época era el masivo proceso migratorio campo-ciudad, que significaba espacialmente el engrosamiento de barrios periféricos alrededor de las ciudades importantes. Como ocurrió con otras problemáticas, esta, que fue ganando espacio en la teoría social latinoamericana, podía ser colocada y articulada de forma diferente de acuerdo al paradigma.

En verdad, ya el discurso sociológico, fundamentalmente de base funcionalista, comenzó en la década del cincuenta a manejar la noción de marginalidad para referirse a situaciones de pobreza. Germani llegó a registrar tres raíces tras el concepto: a) como una situación de no participación en derechos en un sentido amplio de exclusión, b) en relación a grupos étnicos no integrados y en general como marginación cultural, y c) como problema de carácter asincrónico o desigual del proceso de transición (Germani, 1972). Como hemos visto, no parece desencaminado colocar al autor oscilante entre la primera y la última de las opciones.

Cuando analiza el caso de América Latina, la marginalidad es visualizada alternativamente como limitante o causa parcial del fracaso del proceso de modernización. La definiría como “la falta de participación de individuos y grupos en aquellas esferas en las que de acuerdo con determinados criterios les correspondería participar” (Germani, 1980: 66). A su vez caracterizaba la participación como “el ejercicio de roles o papeles concebidos de la manera más amplia”. Desde su perspectiva “amplia” de participación, uno de los aspectos a estudiar era entonces el grado y la forma de inserción en el “subsistema productivo”.

Si este aspecto de acercar la temática a lo productivo puede llevar a alineamientos más fáciles con su postura, otros aspectos resultaban más polémicos. Para Quijano no es que implique no participación o integración, sino precisamente una manera particular de participación e integración (Quijano, 1988). Por otra parte, pensada como un fenómeno transitorio, se suponía que la incorporación plena a la “sociedad moderna” –esto es, urbana, industrial y con otros valores– también implicaría como “efecto arrastre” la disolución de grupos marginales. Para el nuevo paradigma, que sitúa la construcción del objeto dentro de otros parámetros relacionales, no tenía sentido suponer tal transitoriedad mientras exista dependencia.

Y obsérvese que esta crítica no necesariamente suponía que la explicación encontrara directamente en Marx la fuente inmediata de respuestas. De hecho, en general se sostenía –Nun es el más conocido– que el contingente de marginados no formaba parte de lo que Marx había denominado “ejército industrial de reserva”, ya que no llegaban a formar parte activa de la producción en ningún momento (Nun, 1988). No obstante este polo marginal –producto de la fase monopolista del capitalismo, y por tanto un fenómeno que estaba lejos de ser efímero–,

también tenía relaciones con la economía a través de formas de explotación y sobreexplotación indirectas.

Puede registrarse que ambas posiciones tenían en común la hipótesis de que el fenómeno implicaba formas de pauperización entre quienes no llegaban a formar parte de la masa de trabajadores económicamente activos. Esto significaba no sólo marginación del empleo, sino también del consumo, la educación, etcétera. Pero obsérvese que el nuevo paradigma –más allá de las polémicas entre Nun, Quijano o Cardoso, entre otros– no permitía ni avalar transitoriedades en este aspecto, ni desconectarlo de la cara “moderna” de sociedades conformadas –y en conformación– por un capitalismo periférico dependiente.

DEL IMPULSO CREATIVO AL BLOQUEO

Si en lo que se viene desarrollando se advierten dosis de creatividad, de imaginación sociológica, por citar la feliz y siempre transitada expresión de Wright Mills, deberá ponderarse adecuadamente que la innovación en todo terreno del conocimiento siempre supone inteligencia aplicada a un objetivo, y en este caso, resulta notorio que se estaba ante objetivos de transformación social y, había inteligencia volcada a los mismos.

También es el producto de redes formales e informales. En un contexto de creciente autoritarismo, algunas se vieron cercenadas, pero otras transitoriamente emergieron favorecidas por un conjunto de circunstancias buscadas y no buscadas. En tal sentido, no está de más recordar que Santiago de Chile se venía convirtiendo en un relativamente importante centro latinoamericano de producción intelectual en ciencias sociales, y esto se acrecentó después del golpe de Estado de 1964 en Brasil, ya que llevó a emigrar allí a importantes intelectuales.

La Universidad de Chile se convirtió entonces en otro núcleo que permitió potenciar una sinergia científico-social. Vale comparar aquellas condiciones materiales favorables –aunque muy localizadas– de creación del conocimiento crítico con la situación actual, donde estas resultan absolutamente inexistentes en la mayoría de las universidades latinoamericanas y, sobre todo, en las de los pequeños países. Lo cierto es que en esa coyuntura el nuevo paradigma prosperó. Respecto de la teoría de la dependencia específicamente, como recuerdan Marini (1993) y Dos Santos (2003), a comienzos de los setenta la misma centralizó el debate en América Latina y comenzó a influir otros centros de pensamiento, incluyendo los estadounidenses y europeos. En 1970, Samir Amin convocó en Dakar una reunión para el encuentro del pensamiento social latinoamericano y africano.

Paralelamente, a principios de la década del setenta se comienza a asistir al bloqueo del paradigma. Al temprano golpe de Estado en Brasil se le sumó el de Chile en 1973, en un contexto de sucesión de

golpes que abarcarían toda la región de la mano de militares y civiles locales con la complicidad norteamericana, todo lo cual puso en crisis a la intelectualidad latinoamericana de izquierda. Desde el punto de vista académico, las tesis dependencistas comenzaron a ser puestas en cuestión por las tesis endogenistas y neodesarrollistas que afirmaban la necesidad de reconsiderar la posibilidad del desarrollo en el capitalismo latinoamericano, suavizando el peso de la variable imperialista. Brasil era un suministrador clave de las presuntas evidencias, al considerarse sólo su crecimiento económico.

Por ejemplo, en un trabajo de 1972, Francisco de Oliveira, si bien critica el dualismo, no deja de considerar para el análisis que debían cambiar los pesos explicativos, ya que al insistir en la dependencia “casi dejaron de tratar los aspectos internos de las estructuras de dominación que dieron forma a las estructuras de acumulación propias de países como el Brasil”. Luego agrega que “el conjunto de la teorización sobre la *forma de producción subdesarrollada* continúa sin responder quién tiene el predominio: si son las leyes internas de articulación que generan el *todo* o si son las leyes de liga con el resto del sistema las que gobiernan la estructura de relaciones” (Oliveira, 1972: 4).

Pero probablemente, si se trata de marcar una fecha clave para este giro intelectual, no debe dejar de mencionarse el Congreso Latinoamericano de Sociología de San José de Costa Rica en 1974. Una figura clave de “la reacción de lo que podemos llamar marxismo histórico” contra la teoría de la dependencia (Marini, 1993: 76-77) fue Agustín Cueva, quien criticaba lo que consideraba un énfasis desmesurado de las relaciones entre naciones frente a las relaciones entre clases¹².

Así es que una serie de circunstancias convergentes llevan al viraje. Por un lado, la observación de un proyecto nacional desarrollista en Brasil (aunque obviamente autoritario), donde se reconocía el aumento de su capacidad de negociación y su despliegue regional –no pensado como sub-imperialismo tal como proponía Marini. Por otro lado, la percepción de que el nuevo paradigma omite los conflictos internos. Esto sugiere que se encuentran fórmulas explicativas más acertadas en el viejo paradigma, aunque reconvertido. De Oliveira, por ejemplo, ensaya ese tránsito. Las

12 Cueva continuó su crítica en su trabajo más conocido, “El desarrollo del capitalismo en América Latina”, pero la moderó años después: “los dependencistas erraban al presuponer que la situación de dependencia impedía fatalmente la reproducción ampliada del modo de producción capitalista (y por lo tanto de sus contradicciones) en la región; pero pese a todas sus limitaciones realizaban una valiosa labor crítica al confrontar las ilusiones del desarrollismo con los datos de una realidad que palpablemente las contradecía. Desde su perspectiva iban además produciendo e impulsando una serie de estudios concretos sobre los efectos de esa situación de dependencia que efectivamente existe” (Cueva, 1989: 24).

anomalías tienden a ser omitidas de nuevo; la apertura de lo nuevo es bloqueada con efectos aún muchos años después en América Latina.

Una señal de la sobrevivencia de lo anterior puede encontrarse en un sugerente artículo de Rodolfo Stavenhagen llamado “Treinta años después” (1997). El sociólogo mexicano vuelve allí sobre sus famosas “siete tesis”, pero para discutir algunas explicaciones actuales en las que encuentra renovadas interpretaciones desde la perspectiva de la dualidad, lo que le permite, a su vez, criticar las políticas macroeconómicas asentadas en la apertura del mercado (postura que entonces resultaba indiscutidamente hegemónica), en plena efervescencia de la discusión sobre globalización.

Por ejemplo, respecto de la economía informal, se decía que no era más que la expresión de una etapa de transición en el proceso de modernización, y que sería absorbida en la economía formal. Stavenhagen recuerda con indudable puntería esa visión de los informales como verdaderos “innovadores” capitalistas, quienes, cuando se llegase a una mayor desregulación estatal, serían arrastrados a un capitalismo consolidado¹³. Contrariamente, también recordaba la otra visión por la cual, más que disfuncionales al desarrollo económico, las economías informales eran funcionales y hasta necesarias para el desarrollo capitalista.

La visión crítica de las sociedades duales de los sesenta podría ser simplista –reconoce Stavenhagen–, pero el camino de análisis, aun siendo más complejo, no dejaba de ser ese, ya que la modernización misma “adquiere visos múltiples y heterogéneos, como resultado del proceso desigual de globalización y flexibilización económica”. Agrega luego que la marginación, la exclusión, *suponen un conjunto de espacios fragmentados e híbridos que se articulan de manera diversa con la modernidad*. “Es por ello que no puede ya hablarse sencillamente de la ‘economía informal’ sino más bien de *redes de relaciones económicas en diversos niveles, entrelazadas entre sí y enraizadas en las estructuras sociales y culturales multi-formes de nuestros países*” (Stavenhagen, 1997: 21-22; énfasis propio).

La discusión es más amplia, pero de lo anterior nos interesa rescatar la idea de que el paradigma reconvertido de la modernización siguió siendo invocado con éxito en las décadas del ochenta y noventa en América Latina. Alternativamente, la marginalidad, la informalidad, la exclusión, fueron ocupando el lugar de lo tradicional, adjudicándoseles un carácter transitorio mientras se completaba el proceso de desregulación, de retiro del Estado, que se proclamaba para llegar a la modernización generalizada de la mano de una economía expansivamente capitalista. Los resultados de profunda segmentación social son conocidos, pero deberá advertirse nuevamente que no se trata de espacios

13 Hernando de Soto fue el profeta más divulgado de tal postura.

“desconectados”. Lo que se trata de ver es cómo esos espacios resultan funcionales al capitalismo periférico.

En cambio, Frank parece no advertir que, aun siendo más complejo el cuadro social que en la década del sesenta, las implicancias de lo que criticaba en los sesenta bien pueden mantenerse. Sin embargo, tiende a alejarse de esa postura cuando indica que “una sociedad y una economía dual estaría ahora en proceso de formación”. Se trata, aclara, de un nuevo tipo de dualismo, tecnológico, que refiere a quien participa o no en la división mundial del trabajo. Agrega que la similitud entre los dos es sólo aparente: “en el nuevo dualismo, la separación viene después del contacto y, frecuentemente, después de la explotación. Se bota el limón luego de estrujarlo” (Frank, 1991: 82). A nuestros efectos, el problema a subrayar de lo anterior es que estas frases dejan traslucir dos posibilidades: o bien el autor no era suficientemente consciente de los alcances conceptuales de lo que se criticaba en la década del sesenta, o bien es arrastrado por el nuevo envoltorio del viejo paradigma y sufre un cambio de posición que tampoco llegó a percibir en el marco de un libro que contenía sin dudas otras autocríticas correctas¹⁴.

Pero mientras el viejo paradigma reaparecía bajo otros formatos, otros autores involucrados en la apertura de lo nuevo y que no modificaron esencialmente sus posiciones se convertían en grandes olvidados. Este fue precisamente el caso de Marini. De acuerdo con la interpretación de un paradigma truncado que en este trabajo se viene sosteniendo, debe señalarse que este sociólogo siempre defendió que la teoría de la dependencia era un proyecto inacabado.

Ya se ha mencionado que le corresponde el mérito de haber generado uno de los conceptos más originales del nuevo paradigma, el de superexplotación del trabajo. Pero resta agregar, a modo de indicador, que este autor tiene la particularidad de haber sido muy poco divulgado, incluso en Brasil, y que muchos recién tomaron contacto con sus trabajos cuando se publicó una selección de los mismos en el año 2000. Algo muy distinto ocurrió –no debe dejar de anotarse– con las ampliamente divulgadas críticas a las tesis de Marini realizadas por F. H. Cardoso y José Serra¹⁵.

De todos modos, para entonces el paradigma no eurocéntrico había renacido fuera de América Latina. No es un secreto la conexión existente entre la teoría de la dependencia y el enfoque del sistema-mundo o sistema histórico a partir de la segunda mitad de la década del setenta. Algunos autores –por ejemplo Dos Santos (2003)– han señalado esa

14 Ver particularmente Frank (1991: 53-54).

15 Marini falleció en 1997. Pocos años después, apareció “Dialéctica da Dependencia”, una antología organizada por Emir Sader. Respecto al regreso de Cardoso al debate sobre la dependencia en la década del setenta, ver Cardoso (1993).

continuidad. De hecho, si se recuerda la primera frase que abre el libro *Subdesarrollo y revolución*, no puede dejar de marcarse su actualidad bajo la nueva perspectiva: “la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial” (Marini, 1969: 3).

Sin embargo, desde la perspectiva sobre la que aquí se ha insistido, más que conflictos y continuidades entre teorías, se está frente a verdaderos paradigmas en disputa con inflexiones diversas. Tampoco se trata solamente de acotar tales conflictos a corrientes de economía política –y esto parece desprenderse del trabajo de Dos Santos (2003)– ya que, como se ha tratado de demostrar, hay un tránsito fluido entre economía política y sociología, y viceversa. El problema, en suma, es más complejo, puesto que, a juzgar por lo que Marini venía proponiendo, lo que ocurrió fue un verdadero freno al desarrollo de nuevas categorías sociológicas de análisis.

La línea que se reconvertiría en el paradigma del sistema histórico heredaría de América Latina algunos ejes clave. A grandes rasgos, pueden caracterizarse de la siguiente forma:

Los fundamentos de un pensar relacional en que resulta equivocado observar coexistencia de partes; ya sea bajo el formato de dualidad o bajo formatos más complejos, en cambio se trata de advertir procesos sociohistóricos con relaciones capitalistas que atraviesan, a veces en forma invisible, al todo social.

Los fundamentos de un pensar anti-eurocéntrico, por el que se debe evitar considerar sucesiones universales de etapas; por el contrario, se debe observar la continuada reproducción de una interdependencia asimétrica entre regiones centrales y periféricas (u otros rótulos que se prefieran), ya que constituyen los polos, intrínsecos de una totalidad en la cual, para que las primeras se sigan reproduciendo como tales, son inevitables las segundas.

El ensayo y la necesidad de contar con nuevas categorías de análisis que permitan dar cuenta de las dinámicas propias, de las especificidades de las sociedades del capitalismo periférico como las de América Latina, en el entendido de que no sólo se deben observar restricciones estructurales al desarrollo dentro del sistema, sino señalar los actores, sus relaciones y las dinámicas que permitan la transformación social a partir de cierta autonomía de la lógica central de acumulación.

De los tres puntos anteriores, el tercero ha sido el más complejo para un avance sustantivo. Corresponde ahora examinarlo en la continuidad ya señalada del paradigma –la perspectiva del sistema histórico– en el marco de la discusión sobre alcances de la globalización.

SEGUNDA PARTE: AFIRMACIÓN Y PROBLEMAS PENDIENTES DEL NUEVO PARADIGMA

AMPLIACIÓN Y DESPLAZAMIENTO CONCEPTUAL: DE AMÉRICA LATINA A LA GLOBALIZACIÓN

Cuando el concepto de “globalización” se comienza a poner de moda, en la segunda mitad de la década del noventa, hacía años que algunos autores venían insistiendo en la necesidad de contar con una mirada global, no eurocéntrica. Entre tales aportes deben recordarse los de Immanuel Wallerstein sobre *El moderno sistema mundial*, texto aparecido en inglés en 1974, y los de Samir Amin sobre *La acumulación a escala mundial*, trabajo publicado originalmente en 1970 en francés, y en 1974 en español. Incluso cabe destacar, respecto este último trabajo, que corresponde a su tesis de doctorado escrita varios años antes, entre 1955 y 1956, aunque reformulada y actualizada para la mencionada publicación. Como se apuntó en la primera parte, tales trabajos se comienzan a difundir cuando se asiste a las exequias de las tesis dependentistas y los inicios de la hegemonía de las tesis endogenistas y neodesarrollistas en América Latina.

Junto a ellos, se destacaron también Giovanni Arrighi y el ya reiteradamente mencionado Andre Gunder Frank. Probablemente, los cuatro sean los nombres más conocidos en sustentar algunas premisas de partida comunes como la lógica centro-periferia, y en el esfuerzo de acumulación de evidencias de una “economía-mundo” que se remonta a la expansión europea del siglo XVI, así como al interrelacionamiento progresivo que ha existido desde entonces. En modo alguno esta elección pretende minimizar otras contribuciones igualmente importantes que se ubican como tributarias del paradigma. Por citar un ejemplo, Christopher Chase-Dunn examina, más allá de la existencia de procesos reales, la emergencia del discurso sobre la globalización (y sus implicaciones políticas) a partir de intereses contradictorios entre grupos con mayor o menor poder (Chase-Dunn, 1999).

En lo que sigue, entonces, sólo es posible internarse en algunas de las posturas de los cuatro autores ya anticipados, para luego compararlas con lo que identificamos como el otro paradigma actual y ver cómo se despliegan tensiones de interpretación de la globalización que recuerdan elementos y discusiones establecidos en la primera parte. La presentación de estas ideas adquirirá así un carácter menos cronológico de bases fundantes, y más relacional.

Asimismo corresponde anotar que, si América Latina deja de ocupar el lugar de referente principal de la propuesta para adquirir esta un tono más global, también sugiere un reflejo de lo que ocurrió en la realidad. Falta el segundo paso: en tanto el significado de esta problemática conceptual sigue siendo decisivo para la región, se trata de advertir la potencialidad de pensar el futuro de América Latina desde el paradigma centro-periferia actualizado. De tal discusión se derivará

la elaboración de propuestas alternativas sólidas al modelo socioeconómico excluyente en curso, ya que no es preciso insistir en que si algunos giros políticos de centroizquierda algo indican hoy, es que siguen apareciendo dificultades evidentes a la hora de generar caminos conceptuales y prácticos efectivamente alternativos.

En particular, la coyuntura regional parece inéditamente favorable para generar un proyecto de integración, y sobre él se depositan variadas expectativas de desarrollo, como antes se hiciera con los estados-nación particulares. Pero, ¿qué proyecto resulta viable, creíble, alternativo en términos regionales y globales? ¿El de un neoliberalismo matizado como modelo de acumulación? ¿El de una vuelta a las expectativas de desarrollo bajo el liderazgo de una burguesía nacional? ¿O es sostenible un proyecto de integración con potencialidad “antisistémica”, con ampliación de “grietas” de alternativas sociales, pero que a la vez tenga capacidad de navegar autónomamente dentro de la lógica capitalista global?

Se trata a la vez de viejas y nuevas preguntas. Se requiere la generación de una visión que contribuya a iluminar actores y prácticas capaces de potenciar una realidad alternativa en múltiples planos espacio-temporales paralelos y articulados –local, nacional, macrorregional y global–, y esto abre múltiples interrogantes en innumerables dimensiones. Para comenzar a ser contestados, se requiere deshacerse de posibilismos y arrinconamientos que amputan la capacidad de pensar opciones de construcción socio-histórica al circunscribir actores y prácticas en un plano limitado de la realidad (por ejemplo, de los estados-nación, por más grandes que estos sean).

Traspassar esas barreras cognitivas es, a nuestro juicio, una exigencia teórico-metodológica insoslayable en el mundo actual, que este paradigma, que originalmente fue tomando forma en América Latina, puede llegar a proporcionar. En función de lo anterior, adquiere especial importancia revisar las posturas más actuales y, teniendo en cuenta el contexto presente, la conexión entre el plano global y el macro-regional.

VARIACIONES CENTRO-PERIFÉRICAS ACTUALES: EL PARADIGMA DEL SISTEMA HISTÓRICO

No pueden soslayarse entre estos cuatro autores elegidos, vinculados a la idea que aquí se denominará indistintamente sistema-mundo o sistema histórico, algunas particularidades conceptuales que deberán revisarse caso por caso. Ello permitirá advertir un abanico de posturas dentro del mismo paradigma para interpretar la globalización y las posibilidades dentro de ella. Wallerstein, por ejemplo, es quien realiza la más original combinación teórica: además de los clásicos de la sociología, incorpora elementos del conocido historiador Fernand Braudel y del premio Nobel de Química en 1977, Ilya Prigogine. Del primero rescata, por ejemplo, el concepto de tiempo de larga duración, es decir, el de los

patrones civilizacionales, el del espacio de gran escala. Del segundo, su idea del no-equilibrio como creador de las llamadas estructuras disipativas. De tal forma, la temática va más allá de considerar al capitalismo como un todo integrado mediante el instrumento conceptual de sistema social histórico, e instala la premisa de que –como otros sistemas– tiene vida finita. Y esto lo separa notoriamente de otros autores de perspectiva sistémica que nutrieron la teoría sociológica eliminando la idea de acción como modificadora de la realidad.

De hecho, si aceptamos el razonamiento de Wallerstein, esa sería la oportunidad histórica en el contexto actual: la vida finita del capitalismo puede estar cerca, aunque no sabemos qué lo puede reemplazar. Y, de hecho, puede ser algo peor, ya que el futuro está abierto. Porque –explica basado en Prigogine–, cuando los sistemas mueren, se alejan del equilibrio y se alcanzan los llamados puntos de bifurcación, y aquí no hay determinismos posibles: conociendo A y las variables que intervienen en A, no se puede prever B.

Obsérvese que la idea de “derrumbe” del capitalismo no es nueva y seguramente puede generar todo tipo de dudas. No obstante, aquí se presenta con una apoyatura teórica desconocida, ya que hablamos de períodos de no-equilibrio de un sistema que pueden marcar su fin. En efecto, cuando estamos frente a estructuras disipativas –estructuras que requieren cierta disipación de energía para sobrevivir o, lo que es igual, interacción con el mundo exterior– y desaparece este intercambio, es decir, cuando la estructura deja de ser “alimentada”, el sistema muere. La idea de puntos de bifurcación intenta transmitir entonces la perspectiva de que, en determinados contextos socio-históricos, pequeños *inputs* provocan grandes *outputs*, con resultados indeterminados.

Los sistemas pueden ser estables, pero en estos períodos hay transiciones, pequeñas fluctuaciones –acciones, si hablamos de sistemas humanos– que pueden dar lugar a grandes cambios, y el futuro aparece entonces abierto a la creatividad y la indeterminación. En el caso del sistema capitalista mundial, cuando las fluctuaciones sean lo suficientemente amplias e impredecibles y sus instituciones no aseguren su viabilidad, estaremos ante la posibilidad de un cambio cualitativo global.

Dentro de los puntos concretos que apoyan, además, la idea de “límites sistémicos” actuales, el autor menciona: la desruralización del mundo, lo que significa que la mano de obra barata proveniente del ámbito rural está llegando a un límite; la crisis ecológica que amenaza con que aquello que los economistas desalojan de la ecuación como “externalización de costos” lleve finalmente a “internalizar” los mismos; la democratización del mundo, que habilita un nivel de demandas que, de mantenerse, llevaría a la disminución de la acumulación del capital; y finalmente la inversión de la tendencia en el poder de los estados, que ha asegurado determinado orden capitalista (que necesariamente

lo requiere) pero cuyo declive los hace cada vez menos solventes para seguir haciéndolo (Wallerstein, 2001). Ninguno de los cuatro puntos era visible en la década del sesenta.

Wallerstein, como otros autores, inserta además las fases económicas A de expansión y B de declinación propuestas por Kondratieff. La última fase A, también la más importante en términos histórico-comparativos, tuvo lugar entre 1945 y 1970. Posteriormente entramos en una fase B que –como todas las fases B– se caracteriza por el descenso de los beneficios de la producción, el desplazamiento de las actividades lucrativas hacia el terreno financiero y –lo más importante a nuestros efectos– la reubicación de la actividad productiva hacia alguna zona del sistema. La poco ajustada pero extendida expresión de “nuevos países industrializados” hacía alusión a tal proceso.

El autor recuerda que los ejemplos más significativos de candidatos en tal sentido fueron dos países de América y dos de Asia: México y Brasil, Corea del Sur y Taiwán. Pero, de los países mencionados, en los noventa se confirmó que la beneficiaria de la reestructuración geográfica de la producción fue la zona de Asia. La explicación no está solamente en lo que pasó en la década del noventa en América Latina, pues deberá recordarse que ya anteriormente los asiáticos contaban con un apoyo extra. Es decir, no es para nada ajena a ese proceso la variable geopolítica: el apoyo de EE.UU. en el marco de la Guerra Fría.

Una pregunta clave que el vuelo conceptual de Wallerstein habilita –y que constituye uno de los temas centrales de esta exposición– es la capacidad o no de desarrollarse que tiene un país. Simplificando: si por desarrollo no entendemos sólo la industrialización o el crecimiento económico de una sociedad, sino que se advierte paralelamente una marcada tendencia a evitar la polaridad social, la respuesta del autor es que en las zonas periféricas del sistema ello no es posible. Incluso, por desplazamiento puede haber una “industrialización de segunda mano”, pero no una industrialización en el sentido de los países centrales (Wallerstein, 1996a; 1998). Su expresión de “semiperiferia” alude a tales situaciones.

Es decir, en su peculiar visión sistémica, intrínsecamente contradictoria, no puede estar ajena la visión de fuerzas empeñadas en construir un orden social más justo. El autor ha analizado en diversas ocasiones las formas de rebelión de los oprimidos, y ha señalado el carácter espontáneo y de corto plazo que las ha caracterizado durante la historia humana. Sin embargo –digamos, en los últimos 150 años especialmente– han ocurrido cambios sustantivos, ya que precisamente una de las contradicciones en el capitalismo como sistema “es que las mismas tendencias integradoras que lo han definido han influido sobre la forma de la actividad antisistémica” (Wallerstein, 1999: 29).

Notoriamente subyace a su particular perspectiva el clásico planteo lógico de Marx, en tanto ya para él constituía una innovación

relevante: la construcción de organizaciones estables (en términos de cuadros y objetivos) para concentrar e impulsar el cambio sistémico. Las dos variedades que emergieron en el siglo XIX son el movimiento social que se movía con un patrón de opresión de clase y el movimiento nacional, obviamente con un patrón de opresión etno-nacional. Ocasionalmente ambos confluyeron, sin duda bastante menos de lo posible. De hecho, ambos unificaban sus expectativas –y consecuentemente sus objetivos estratégicos– en el control del aparato de Estado.

Si nos movemos con un examen enormemente simplificado aunque razonable de traducciones políticas prácticas de lo anterior, encontramos tres vertientes que, por sus resultados, no permiten ser muy optimistas para el futuro, en caso de persistir tales líneas: partidos socialdemócratas en los países europeos que no han logrado mucho más que una mejor distribución de la renta, partidos comunistas que lograron cierto desarrollo más ambicioso pero a costa de generar una elite burocrática opresiva, y movimientos nacionalistas que en general no pasaron de lograr un mayor desempeño para su burguesía local.

Sin embargo, siguiendo el razonamiento del autor, en la década del sesenta y sobre todo en la del setenta, paralelamente a la transformación del escenario histórico, se observa el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento antisistémico expresado en una diversidad de planteos. Se incluyen aquí el movimiento estudiantil, el movimiento negro, el movimiento contra la guerra, los movimientos de mujeres, etcétera. Hay un epicentro o un catalizador en torno a lo que desencadenó la guerra de Vietnam, pero, si se observa desde un ángulo más abarcador, se verá un cuestionamiento más general contra condiciones generales de opresión. También se comenzaron a poner en cuestión las organizaciones burocráticas en los sindicatos y su actitud puramente instrumental.

Bajo esta perspectiva, la anticipación de “caos sistémico” no es una visión negativa; abre a que las expectativas de cambio puedan efectivamente apoderarse de la globalización capitalista para transformarla. Aun así, bajo la optimista e inclusiva fórmula de “fuerzas antisistémicas”, se esconden otras complejidades de las cuales las preocupaciones de Wallerstein no dan cuenta. Aunque tampoco tienen por qué hacerlo, pero sí deben incluirse en el rubro de los desafíos pendientes. No sólo se abre una problemática que tiene que ver con la construcción y efectividad de los nuevos movimientos y su expresión política en el futuro que aparece como claramente diferente al pasado, sino también se introduce el espacio geográfico ampliado como base de lo anterior para repensar América Latina.

Con Giovanni Arrighi, debe partirse de un concepto clave diferente: lo que denomina “ciclos sistémicos de acumulación”. La “financiarización”, el aumento de la competencia interestatal por la movilidad del

capital, el rápido cambio tecnológico y organizacional, las crisis estatales y la inusitada inestabilidad de las condiciones económicas en que operan los estados nacionales son aspectos de tales ciclos. Es decir, “el tiempo en que el líder de la expansión anterior del comercio mundial cosecha los frutos de su liderazgo en virtud de su posición de mando sobre los procesos de acumulación de capital a escala mundial”, y también “el tiempo en el que el mismo líder es desplazado gradualmente de las alturas del mando del capitalismo mundial por un emergente nuevo liderazgo” (Arrighi, 1998: 2-3). Esto aconteció sucesivamente con Génova y Venecia (en el marco de las ciudades-Estado italianas) y su diáspora, con Holanda, con Gran Bretaña, y la pregunta, obviamente, es si también será la experiencia de EE.UU. hoy¹⁶.

Sobra señalar que Arrighi despliega abundantes argumentos históricos para fundar lo precedente, en los que aquí no es posible profundizar. Sin embargo, es relevante considerar (si bien no puede adjudicársele exclusividad en el planteo) cómo los tratados de Westfalia bajo hegemonía holandesa reconocen la autonomía jurídica e integridad territorial en el siglo XVII, aunque la organización territorial de acuerdo a estos principios demoró siglos en cristalizarse¹⁷. A riesgo de caer en comparaciones fáciles, ¿se está hoy ante otros formatos de integridad territorial? Si la expansión del Mercosur es la base de esta transformación para América Latina, ¿de qué contenidos, de qué estrategias, de qué tiempos corresponde hablar desde el pensamiento alternativo?

Del trayecto que realiza Arrighi, interesa subrayar su atención sobre EE.UU. como eje de los cambios en curso. Y aquí hay que marcar una diferencia respecto de ese modelo evolutivo señalado. Mientras en las expansiones financieras pasadas el nuevo centro de poder era capaz de sobrepasar a su predecesor en términos financieros y militares, en la actualidad el poder militar se ha centrado en EE.UU., mientras el financiero se ha dispersado en organizaciones territoriales y no territoriales. Por tanto, la expansión está en un *impasse*, que es también una fase de turbulencia y caos sistémico sin precedentes, postura que –nuevamente– no es sólo propia de este sociólogo, sino que también es analizada por Wallerstein, entre otros.

16 En la caracterización de los ciclos de hegemonía no existen coincidencias absolutas, pero pueden esquematizarse de la siguiente forma: la veneciana, de 1350 a 1648, que culmina con los Habsburgo y la guerra de los Treinta Años; la holandesa, de 1648 a 1815 impugnada por Francia; la británica, de 1815 a 1945, hasta la primera mitad del siglo XX, y luego la estadounidense.

17 El autor agrega un breve y contundente comentario que reproducimos para ilustrar mejor el proceso: “como frecuentemente sucede con los programas políticos, la soberanía westfaliana llegó a ser universal mediante interminables violaciones de sus prescripciones formales y una gran metamorfosis de su significado sustantivo” (Arrighi, 1998: 6).

No obstante las coincidencias, debe marcarse que Arrighi se distancia de Wallerstein al caracterizar el período actual en primer lugar como el de decadencia y crisis de la hegemonía mundial estadounidense. Por lo expuesto, en tren de comparaciones, frente a quienes señalan que se vive el fin del “liberalismo” y la Ilustración, o el fin del sistema de estados nacionales, Arrighi trata de encontrar analogías con otras transiciones de hegemonía en la historia: de la holandesa a la británica en el siglo XVIII, y de la británica a la estadounidense a finales del siglo XIX.

El principal problema actual es, como puede imaginarse, resolver si está ya emergiendo o no un nuevo Estado hegemónico y, en caso de que efectivamente esté surgiendo, cuál es el candidato. Las opciones para tal interrogante no son novedosas: EE.UU. –si recupera el papel hegemónico que ciertamente no puede estar basado exclusivamente en el poder militar–, la Unión Europea y, actualizando su planteo, la vertiente China-Japón (con el Sudeste Asiático). Como decíamos antes, no aparece aquí el concepto de imperialismo sino de hegemonía o, más precisamente, de “liderazgo que define la hegemonía” (Arrighi y Silver, 2001). Tomado en el sentido de Gramsci, descansa en la capacidad de coerción, pero también se basa en la capacidad de presentarse como portador de un interés general.

Específicamente en el plano internacional, el concepto pretende hacer hincapié en dos cosas. En primer lugar, trata de señalar que “los grupos dominantes de ese Estado tienen que haber desarrollado la capacidad de conducir al sistema hacia nuevas formas de cooperación interestatal y de división del trabajo que posibilite [...] una oferta ‘efectiva’ de recursos de gobierno mundial”. En segundo lugar, indica la necesidad de que “las soluciones sistémicas ofrecidas por la eventual potencia hegemónica deben resolver problemas sistémicos que se han hecho tan graves como para crear entre los grupos dominantes existentes o emergentes una ‘demanda’ de gobierno sistémico profunda y ampliamente sentida” (Arrighi y Silver, 2001: 35).

Obsérvese, más allá de las analogías históricas que busca Arrighi, cómo subyace a su planteo que cada período hegemónico se basa en bloques sociales de grupos dominantes y bloque sociales de grupos subordinados. En tal sentido, Silver y Slater, en el mismo libro, analizan cómo la creciente “financiarización” de los procesos de acumulación de capital durante cada transición (entre hegemonías) está asociada a una rápida y extrema polarización de la riqueza, que a su vez tiene consecuencias en el plano de las clases sociales.

En tren de señalar solamente titulares de la perspectiva, en los períodos de expansión las tensiones entre y al interior de las clases sociales permanecen controladas; en cambio, se hacen manifiestas en los períodos de transiciones como ocurre en la actualidad. Esto quiere decir que se corroe el conformismo de la “clase media” sobre el que des-

cansa el orden hegemónico mundial; se produce la expansión de grupos excluidos de los beneficios del orden establecido y, consecuentemente, también se expanden las luchas por ampliar sus derechos y finalmente crecen los conflictos en el seno de la elite dominante (Arrighi y Silver, 2001: 157-181).

De lo anterior, no es preciso decir que el tema de aquello que se aglutina como “clase media” no es nuevo. Pese a las particularidades actuales que encierra el punto (sobre el que la sociología ha proporcionado nutridos debates en pos de conceptualizarlo), es interesante recordar; bajo el ángulo de reflexión que se viene comentando y dentro de los ejemplos históricos posibles, que la expansión del siglo XVIII llevó también a una clase media que prestaba sus servicios a un comercio muy activo. También entonces “se reforzó la estabilidad social y política del sistema atlántico aislando más a quienes se encontraban en los escalones inferiores del sistema productivo [...] Además, las conquistas territoriales en las Américas reforzaron la cohesión interclasista entre los blancos de ambos lados del Atlántico, creando un fácil acceso a la tierra para la población excedente de Europa” (Arrighi y Silver, 2001: 163).

No pueden dejar entonces de percibirse condicionantes muy fuertes como para conducir las igualmente frecuentes sublevaciones de esclavos a derrotas sangrientas, y a que la resistencia básicamente se diera como el establecimiento de comunidades en el interior de las sociedades coloniales. En tanto, la otra parte de la fuerza física del sistema, la que permitía el comercio transatlántico, era proporcionada violentamente por “blancos pobres, convictos o víctimas de persecuciones religiosas o políticas y esclavos”. En épocas de guerra, grupos de matones recorrían los barrios pobres de las ciudades portuarias para enrolar tripulación a la fuerza.

Lo que podemos calificar de inflexión social de esta situación se da con la Revolución Americana de 1776, que a su vez contribuyó a desencadenar otras rebeliones y revoluciones. En algún sentido, no puede evitarse la sugerencia histórica del proceso con el período actual y América Latina en particular. Por ejemplo –eso parece– se puede comparar cuando las elites coloniales de entonces comenzaron a sentirse más fuertes como para impulsar una renegociación del pacto colonial, con el apoyo que sectores de la burguesía industrial brasileña dieron –y eventualmente dan en la actual coyuntura– al proyecto de relativa autonomía respecto a EE.UU.

Además, ese período se describe como de “depresión comercial combinada con la especulación financiera [que] llevó a una polarización social creciente y a un debilitamiento del apoyo de la clase media al statu quo político”, lo que dejaba una mejor situación para la revuelta de excluidos y explotados (Arrighi y Silver, 2001: 165-166). Puede dejarse el ejemplo en este punto, aunque recordando que del “caos sistémico”

posterior (guerras napoleónicas incluidas) se salió con la consolidación hegemónica mundial de Gran Bretaña y una nueva configuración mundial de clase –y un nuevo equilibrio precario de fuerzas de clase– en el siglo XIX. Entramos, al decir de Hobsbawm, en la “era del capital”.

Con esta óptica, si se considera que estamos en uno de esos períodos de transición hegemónica, puede realizarse una interpretación más o menos libre, digamos, de los últimos cuarenta años. De tal forma, encontramos un ascenso del conflicto social en los sesenta y principios de los setenta, pautado por grupos sociales configurados en el período de expansión sistémica y que precipita la crisis del fordismo. Se observa luego, en la década del ochenta, que EE.UU. va en busca de inversión, del excedente mundial; se precipita la crisis de la deuda y se abandona la promesa de universalizar el sueño americano. Comienza a percibirse que sus elites ya no tienen una “oferta creíble” para atender las demandas del Tercer Mundo.

Resulta incuestionable que el poder militar de EE.UU. es incomparable y creciente. Sin embargo, no puede dejar de subrayarse que el poder militar no preserva por sí solo la hegemonía. Nos encontramos pues –de acordar con el examen de Arrighi– en una crisis de hegemonía que tiene sus particularidades históricas. Especialmente en cuanto a que, al contrario de otras transiciones, precede la intensificación de la rivalidad entre grandes potencias. Pero, si efectivamente es así, los años venideros nos depararán –como toda transición global– un caos sistémico.

Respecto a Samir Amin, lo primero a señalar es que considera junto a Wallerstein, que la economía es mundial en primer lugar porque la producción se organiza sobre la base de una división mundial del trabajo. En este sentido, aclara –y requiere acotarse aquí sobre todo en el intento de aclarar la confusión terminológica– que “el capitalismo realmente existente como fenómeno mundial no puede reducirse al modo de producción capitalista y ni siquiera puede asimilársele. Esto, porque el modo de producción¹⁸ capitalista supone un mercado integrado tridimensional (de mercancías, capital y trabajo) que define la base a partir de la cual funciona” (Amin, 1997: 65).

Se le debe adjudicar a este intelectual egipcio una particular insistencia en la naturaleza económica de los conceptos de centro y periferia. Pero distingue este proceso de la polarización capitalista, que, si bien existió siempre, adquiere la forma moderna a partir de la industrialización, en el siglo XIX y que luego de la Segunda Guerra Mundial se desplaza a otros terrenos. En el plano de las diferencias de industria-

18 Dicho sea de paso, hay que aclarar que, ya a comienzos de los setenta, Amin indicaba que el concepto de “modo de producción” es abstracto y no implica ningún orden de sucesión histórica en las civilizaciones. Ver en este sentido *El desarrollo desigual* (Amin, 1986: 9-11).

lización existía entonces un aspecto geográfico notorio, pero en el que subyacía una polarización social que Arrighi señalaba hace ya algunos años y con la que Amin concuerda: la acumulación de capital, por un lado, reforzaba el poder social de la clase trabajadora industrial activa del centro y, por otro lado, empobrecía esa reserva pasiva de desempleados, marginados, trabajadores de los sectores de producción de corte precapitalista o de baja productividad en la periferia (Amin, 1997: 67). Huelga insistir en el antecedente latinoamericano de este punto.

El problema, sin embargo, se torna más complejo con los efectos de la revolución científica y tecnológica, vieja expresión que alude a los cambios que introducen precisamente la ciencia y la tecnología en la configuración de las sociedades. No es un término que maneje Amin en este caso, pero recuerda –dentro de este planteo panorámico– una problemática nada novedosa que requiere ser siempre tomada en cuenta si se pretenden evaluar posibilidades de alternativas sociales¹⁹. Llevado al plano geográfico, se ha producido una industrialización de la periferia mientras se da una desindustrialización de los centros. Estos, en tanto, conservan y desarrollan el *know-how* de áreas progresivamente clave como la informática y la biotecnología, tienen el control de las finanzas y el acceso a recursos naturales.

En suma, el planteo de Amin es que la polarización es un concepto que designa una característica intrínseca al sistema mundial: no existe centro sin periferia y viceversa, pero ya no basado en la industrialización. Esta polarización significa inexorablemente explotación del trabajo mucho más intenso en la periferia, y que las ventajas de los centros no deben buscarse principalmente en la “organización eficaz” sino en su poder monopólico en la división mundial del trabajo (Amin, 1997: 69). La polarización mundial se suma a otras dos contradicciones igualmente fundamentales: la conocida relación de producción esencial trabajo-capital y la más recientemente establecida de incapacidad para evitar la destrucción de recursos naturales.

Esta postura de polarización global, lo hace tomar distancia del concepto de semiperiferia que Wallerstein y Arrighi emplean, aduciendo la innecesariedad del mismo, en tanto siempre se mantiene el carácter de subalternidad que tienen tales regiones en la expansión mundial capitalista. El desarrollo jerárquico de diferentes zonas no elimina la polaridad. Obsérvese lo insoslayable y decisivo de esta pieza en su esquema. De hecho, el propio Amin indica que es uno de los elementos

19 Remitimos, por ejemplo, a la insistencia de Radovan Richta, de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia, quien señalaba ya a comienzos de la década del setenta los desafíos que se le presentaban a las ciencias sociales frente a lo que se incluía con el concepto –habitualmente utilizado entonces en el área del llamado “socialismo real”– de “revolución científica y tecnológica” (Richta, 1982).

clave que lo separa del marxismo histórico, al que atribuye una subestimación de ese carácter.

Respecto del concepto mismo de desarrollo, se aprecia un desacuerdo que parece necesario abordar en el futuro, en tanto va más allá de una cuestión de rótulos para adquirir profundas implicaciones en la construcción dentro del paradigma. Porque mientras que para Wallerstein este concepto puede ser, para la investigación, tanto una guía como también una ilusión (Wallerstein, 1998), para Amin se trata más bien de no confundir expansión capitalista con desarrollo. La primera es polarizante por naturaleza, lo segundo permitiría remontar la polarización. Entendido en este sentido, el concepto aparece como crítico del capitalismo (Amin, 1997).

Otro elemento de discrepancia de Amin con Wallerstein, y también con Arrighi, es la introducción de la perspectiva de los ciclos. En este punto acumula en varios de sus trabajos argumentos históricos en los que aquí no es posible detenerse, pero corresponde reproducir lo que sigue en relación con el ciclo de hegemonías ya referido:

Decir que Venecia u Holanda son “hegemónicas” no tiene mucho sentido en la escala real de la época. Decirlo con premura invita al desliz, que podría llevar a quien lo desee a sostener que Damasco, Bagdad, El Cairo u otras capitales del mundo mercantil del Oriente indio o chino (o incluso Egipto, Mesopotamia, Fenicia y Grecia en períodos anteriores), fueron en su tiempo “hegemónicos”. El término carece entonces de sentido preciso (Amin, 1997: 80).

Por otra parte, frente a las difundidas visiones liberales que reducen la expansión capitalista a la “competitividad”, un artículo muy divulgado de este autor establecía cinco monopolios: tecnológico, de control de mercados financieros, de acceso a los recursos naturales del planeta, de medios de comunicación, y de armas de destrucción masiva (Amin, 1997; 1999). Bajo este enfoque, se revela como ficción la pretensión de la idea de mercado libre global; sin embargo, queda pendiente –como resultado lógico– la vía de construcción de una alternativa. En tal sentido, es precisamente Amin quien ha sido –a nuestro juicio– el más explícito de los tres autores tratados hasta el momento. Ya hace años, este economista introdujo la idea de “desconexión” (1989), aunque tal construcción conceptual razonablemente ha sufrido permanencias y mutaciones en función de los cambios globales y del propio desarrollo conceptual del autor.

Como es natural, ocuparse solamente de esta tesis y abonarla con comparaciones puede dar lugar a un trabajo autónomo, así es que aquí señalaremos tan sólo algunas premisas generales. En primer lugar, se recordará que se trata del desprendimiento de un diagnóstico: dado el carácter de desarrollo intrínsecamente desigual del capitalismo global,

la desconexión se convierte en la única solución para los pueblos de la periferia. En tal sentido, se trata de una condición necesaria –pero no una garantía– para cualquier avance socialista (que, dicho sea de paso, como opción sociopolítica, no confundió con los regímenes soviéticos o que bajo su órbita se autoproclamaron como “socialistas”).

En segundo lugar, podemos colocar las implicaciones en términos generales: desconexión designa la “exigencia” ante el sistema o la “condición” para generar un desarrollo autocentrado, y esto significa un Estado que promueva acciones que permitan una acumulación, con cierta autonomía nacional, de desarrollo de las fuerzas productivas. Clave aquí es, entonces, la capacidad de desarrollo tecnológico. No es el proyecto “nacional burgués” con impulso en la ya mencionada Conferencia de Bandung de 1955 (y los países “no alineados”), que no suponía salirse del sistema, por lo que, como era previsible, en numerosas ocasiones se le ha atribuido a su proyecto un carácter de cierre, de autarquía, que sistemáticamente ha rechazado.

Más allá de la estrategia de sustitución de importaciones, existía la posibilidad de un desarrollo nacional popular fuera de las presiones globales, autocentrado, desconectado de la “racionalidad” de elecciones económicas tomadas en otros ámbitos globales. Enfatizaba que siempre es posible desarticularse y rearticularse en otras relaciones económicas transnacionales, establecer un campo de política económica “nacional” popular (mediante el manejo de resortes del Estado como el tributario), sin que nada de esto signifique la desaparición de las clases, que sólo se alcanzaría en una sociedad mundializada. Todo lo anterior, en suma, en ningún momento puede considerarse autarquía.

En tercer lugar, es importante destacar el tema de los actores capaces de llevar adelante este proceso. Aquí, más que en el resto de la problemática que involucra la desconexión, aparece en el análisis un problema de generalización analítica sobre las exigencias realistas locales (en función de las especificidades de las estructuras de clases), y es el de la capacidad de operar alianzas posibles. La tesis de Amin es que las fuerzas populares deberán generar esta base ante “el fracaso de las burguesías del Tercer Mundo”. En tal sentido, evaluaba cómo en las décadas pasadas había existido un proceso de “compradorización” de estas burguesías que habían renunciado a cualquier proyecto nacional, por lo que la única opción posible es una edificación popular.

A esta altura, se pueden acumular una serie de objeciones sobre la desactualización de estas tesis. Si ya se evaluaba antes de la década del noventa que su postura tropezaba con dificultades de instrumentación insalvables –ya entonces el creciente peso de la deuda externa era un problema instalado–, piénsese lo que significa a comienzos del siglo XXI, cuando los términos mentales y materiales de las alternativas posibles se han estrechado. No obstante, se ha podido percibir un giro

en el concepto que, más allá de la introducción de otros matices, ahora pasa de un Estado-nación a un conjunto de ellos, en lo que puede ser un proceso de integración regional.

Al menos así lo sugiere para el caso de la Unión Europea y la necesidad de profundizar la supranacionalidad social más allá de lo comercial (Amin, 1997). De todo lo cual se desprende nuevamente la pregunta para América Latina: ¿existen actores generadores de bloques de poder capaces de sustentar desde la región un proceso de desconexión de la acumulación global? Obsérvese que, más allá de los términos con que se presenta la idea general, lo que resulta central son los temas del siglo XXI, que involucran desde las patentes y la propiedad intelectual hasta la gestión de recursos como el agua.

Llegados aquí corresponde regresar a Andre Gunder Frank en la etapa más reciente de sus trabajos. Porque a fines de los ochenta señalaba que la problemática de la desvinculación podría ser reinterpretada a través de los diferentes nuevos vínculos, que muchos movimientos sociales estaban tratando de forjar entre sus miembros y la sociedad (Frank y Fuentes, 1988; 1991). Esta etapa intelectual de Frank parece centrarse entonces en la posibilidad de desentrañar los ciclos de movimientos sociales y las coaliciones posibles. La transformación social a nivel global cambia en sus oportunidades, y ahora advierte que los movimientos sociales “se fundan sobre nuevas reglas democráticas que comienzan a funcionar en la sociedad civil [y] contribuyen a desplazar el centro de gravedad socio-político de la democracia política o económica institucionalizada (o cualquier otro poder) hacia la democracia participativa de base y hacia el poder en la sociedad civil y su cultura pero no más el Estado” (Frank y Fuentes, 1991: 197, original en francés).

Debe subrayarse que el foco de atención para Frank deja decisivamente de ser la posibilidad de autonomía que tiene una región como América Latina para pasar a ser la transformación cultural global y posteriormente el sistema mundial. Entre más conozcamos acerca de la estructura de estas condicionantes globales, mejor podremos manejar nuestra “agencia” dentro de ellas; esta podría ser su premisa. Además, no se trata solamente de la necesidad de tener una visión holística, sino de caminar hacia la construcción de una historia y una teoría social no eurocéntrica.

En tal sentido, uno de sus focos últimos es precisamente la contribución de Asia a la acumulación mundial. Sin embargo, este énfasis es también el punto de partida de la separación con los tres autores anteriores. Según este autor, la estructura centro-periferia preexiste a Europa, y de hecho, puede ser usada como una categoría analítica aplicable antes del siglo XVI. ¿Por qué no lo vieron otros autores? Simplemente, afirma, porque se acentúan más las diferencias que las cosas comunes. Puede haber disputas acerca de si esta discontinuidad data desde 1100, 1300, 1500 o 1800 a.C., pero existe un acuerdo general de que el proceso

histórico del mundo cambió radicalmente y cualitativamente gracias al “surgimiento de Occidente” –y al capitalismo (Frank, 1998).

El argumento de Frank es que la continuidad histórica ha sido mucho más importante que cualquiera de las discontinuidades (aunque ciertamente se está hablando de una continuidad no lineal). Su postura es ver un único sistema mundo al menos desde hace 5.000 años, un sistema que preexistía a la incorporación de América en el siglo XVI. El proceso de acumulación de capital es el motor, y ha tenido un –o quizás “el”– rol central en el sistema mundial por milenios. También, en tal sentido, la alternancia entre ciclos de regiones hegemónicas y rivalidad entre regiones no es una dinámica exclusivamente posterior al siglo XVI (Frank, 2002).

Finalmente, no hay, ni nunca ha habido, civilizaciones distintas; la noción de civilizaciones distintas se expande en el siglo XIX. Esto también se aplica a las sociedades, las culturas, las pertenencias étnicas y, especialmente, a las razas. El método –agrega– es atribuir y comparar características, y esto es muy engañoso cuando se aplica a entidades o unidades que se suponen siempre han estado separadas. Esto no ve las relaciones y las influencias comunes a todas y, en tal sentido, hoy la política étnica está sustituyendo o por lo menos enmascarando ideológicamente la clase, e incluso la política, cada vez más internacional.

Un breve balance de Frank permite advertir un área de acuerdo general con otros autores, y una decididamente polémica. Respecto a la primera, muchos coincidirán en cuanto a no distinguir la globalización como novedad. Muchos podrían subrayar junto con el autor que el grado de conexión internacional de la economía y las redes político-militares ya era importante en los siglos XIV y XV. También podrían suscribir que las primeras corporaciones transnacionales fueron las grandes compañías comerciales del siglo XVII y que ellas organizaron la producción y el intercambio en una escala intercontinental. Respecto del área polémica, obsérvese que el tratamiento que se hace de lo sistémico –ver siempre un único sistema con cambios pero sin rupturas– lo acerca peligrosamente a las visiones sistémicas atemporales que nutrieron la sociología.

Esto no quiere decir que no vea oportunidades, pero estas se ubican siempre dentro del sistema. De este modo adhiere, a diferencia de Amin, a la visión de ciclos, y señala que las oportunidades de transformación están en las crisis. El significado chino de “crisis” es una combinación de peligro y oportunidad; una época de crisis ofrece una oportunidad para aquellos –aunque no todos– que están ubicados en la periferia o marginalmente, para mejorar su posición dentro del sistema. Quizás América Latina pueda rescatar más del primer Frank que del segundo.

APROXIMACIÓN AL PARADIGMA DE LA MAXIMIZACIÓN DE REDES Y FLUJOS

Dentro de lo que llamaremos aquí el paradigma que enfatiza los conceptos de redes y flujos, ubicamos a una serie de autores que, exhibiendo un abanico de posiciones más amplio que en el caso anterior, refieren al cambio cualitativo que supone en la actualidad el creciente intercambio de carácter global. Redes y flujos se convierten de tal forma en dos expresiones de intensa circulación, que pretenden dar cuenta de las novedades que van conformando el nuevo contexto.

De las múltiples manifestaciones conceptuales que encontramos dentro de este paradigma, se han elegido cuatro autores muy recurrentes para tratar críticamente la globalización: Castells, Giddens, Sassen y Negri. De ellos se tomarán algunos elementos que permiten explicitar el paradigma.

Manuel Castells no se ha vuelto repentinamente conocido por *La era de la información* (Castells, 1998a) –trilogía cuyo primer tomo fue lanzado en 1996–, sino que sus contribuciones en sociología son muy anteriores. De todos modos, uno de los elementos que aquí importan es lo que denominó “nueva forma informacional de producción económica y gestión”, sumándose de esa manera a quienes sostenían un cambio cualitativo de la sociedad en función del lugar central que pasaba a tener la información en comparación con la sociedad industrial²⁰. A su visión sociológica marxista y estructuralista original –de la cual parece heredar más bien el estructuralismo–, agrega la visión de conexión en redes que sostenían ideólogos liberales unos cuantos años antes, para llegar así a construir un mapa sociológico del mundo actual. Este trabajo le ha valido títulos como el de “cartógrafo de la aldea global”, y no faltaron las exageradas comparaciones con autores clave de la sociología, llegando a calificárselo como un Max Weber de nuestro tiempo.

Para este autor, la tecnología de la generación del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos estrechan la conexión entre cultura y fuerzas productivas. Todos estos elementos modifican profundamente la sociedad y pasan a convertirse en dimensiones clave para el análisis de la misma. ¿De qué magnitud es el cambio? Las dimensiones históricas similares de la actual integración de varios modos de comunicación en una red interactiva sólo pueden compararse con la aparición del alfabeto en el año 700 a.C., en algún

20 Castells había introducido, antes de *La era de la información*, la noción de modo de desarrollo, concepto que, dentro de su construcción, pretende tener un alcance más acotado que el de modo de producción, al apuntar a la particular combinación de mano de obra y materia que diferencia al modo agrario, el industrial y, actualmente, el informacional dentro del capitalismo.

lugar de Grecia, una tecnología conceptual que fue el cimiento para el desarrollo de la filosofía y la ciencia (Castells, 1998a, Tomo 1: 359).

Ante la probable acusación de determinismo tecnológico, Castells se apresura a decir que “la tecnología no determina la sociedad. Tampoco la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico, ya que muchos factores, incluidos la invención e iniciativas personales, intervienen en el proceso del descubrimiento científico, la innovación tecnológica y las aplicaciones sociales, de modo que el resultado final depende de un complejo modelo de interacción” (1998a, Tomo 1: 31). Más allá de darle un perfil dialéctico al tema, lo importante para el autor es que resulta indudable que la sociedad, el mundo entero, se ve reestructurado bajo el paradigma de la tecnología y la información.

Todo el mundo es una red, y lo que la hace posible es la tecnología. El espacio y el tiempo han sido socialmente transformados bajo tal paradigma, ya que el espacio organiza al tiempo en la sociedad red. Con ello enfatiza la interconexión en una estructura abierta y dinámica. Por ejemplo, con relación a la empresa, “la red –[que supone] poner juntos varios elementos, varias personas, varios trozos de empresa o varias empresas para hacer algo juntos– tiene la ventaja de la flexibilidad, de la adaptación rápida a la demanda: cuando hay una demanda fuerte se organiza la red, cuando no la hay, se disuelve y se usan nuevos recursos” (Castells, 1998b: 3-4). El gran problema es la coordinación, pero con esta se hace posible que una gran empresa se transforme –sin perder unidad de capital, jurídica y financiera– en muchas empresas pequeñas con autonomía y encargadas de desarrollar líneas diferentes de un producto.

Las redes sugieren así un carácter relacionante que permite la circulación de todo; se dice que estamos ante el “espacio de los flujos”. Define “flujos” como “las secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programables entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad” (Castells, 1998a, Tomo 1: 445). Con ello, Castells indica una nueva forma espacial que caracteriza las prácticas sociales actuales, sustento de la llamada “sociedad de la información”.

De todo esto deriva un conjunto abundante de consecuencias para la temática que interesa tratar. En primer lugar, el tema del poder. Según el sociólogo español, este ya no se concentra en las instituciones estatales, las organizaciones –es decir, empresas capitalistas– o lo que llama controladores simbólicos, sino que se difunde en redes globales de riqueza, poder, información e imágenes que circulan en una “geografía desmaterializada”. Se trata de un poder “identificable y difuso”. Identificable porque reside en códigos de información y en imágenes de representación, es decir que la “sede” es la mente de la gente (Castells, 1998a, Tomo II: 399). Pero también es difuso porque en esa batalla en

torno a códigos culturales, el perfil de los enemigos y su paradero no está claro. Los estados siguen existiendo, pero transformados, pues “sean grandes o pequeños, no tienen por sí mismos capacidad de controlar los flujos globales de capital, de tecnología, los medios de comunicación o Internet” (Castells, 1999).

En segundo lugar, interesa destacar los cambios en el trabajo y en la fuerza de trabajo y sus consecuencias según Castells. La base es que las tecnologías de la información tienen efectos en el reemplazo del trabajo, que puede codificarse en una secuencia programable, y en el realce del trabajo, que requiere análisis, decisión y capacidad de reprogramación que sólo el cerebro humano puede realizar. Esto no quiere decir que no sobrevivan formas arcaicas; lo anterior debe tomarse como un paradigma del trabajo informacional que viene surgiendo (Castells, 1998a, Tomo 1: 271-280).

Sobre este paradigma pueden establecerse tres tipologías de trabajadores: en función de la creación de valor, es decir, las tareas reales que se efectúan en un determinado tiempo; en función de conectarse con otros trabajadores en tiempo real, lo que hace a la relación entre la organización y su entorno; y finalmente en función de la capacidad de aportación al proceso de toma de decisiones. De las tres, merece resaltarse a nuestros efectos la segunda, ya que hace a la posibilidad de conexión en una sociedad global. En tal sentido, el autor establece tres posiciones: los trabajadores en red que teniendo capacidad de iniciativa establecen conexiones en la “empresa red”, los trabajadores de la red que están en línea pero no deciden, y finalmente los llamados trabajadores desconectados, con tareas específicas y sin interacción.

En el marco de estos cambios en el paradigma de trabajo, de las redes globales de riqueza, poder e información, afirma este sociólogo que “el movimiento obrero parece estar superado en la historia”, si bien también se dice que “los sindicatos son actores políticos influyentes en muchos países” (Castells, 1998a, Tomo II: 399-400). No obstante, si por un lado no parece que existiera esperanza frente a estas redes potentes, frente a estos flujos de información, por otro lado se asigna un margen para la organización de un sujeto potencial basado en movimientos sociales que construyen identidades de resistencia (ecologistas, feministas, fundamentalistas religiosos, nacionalistas y localistas)²¹.

Es posible observar cierta perspectiva teleológica o funcionalista en el análisis de Castells, que en el peor de los casos implica suponer una transición inevitable impulsada por la lógica cambiante de estas redes difusas

21 La poca atención adjudicada por el autor a los movimientos de trabajadores, en tan gigantesco cuadro como el que presenta, es llamativa. Su trayectoria histórica no habilita a despacharlos tan fácilmente pese a su crisis actual.

que arrastra a todo el resto. En tanto el margen asignado a fuerzas sociales que resistan y modelen estas innovaciones parece variar a través de la obra del autor, es un hecho que presenta igualmente un carácter nebuloso.

En el caso de Anthony Giddens, su aproximación al tema se da en el debate de lo que se considera modernidad, para llegar luego a ese “mundo desbocado” –por emplear la expresión que dio título a uno de sus libros– y advertir algunos elementos que debemos tomar en cuenta, a su juicio, en esta etapa de globalización. En primer lugar, hay que considerar que, en su análisis, la globalización o mundialización es posterior a la modernidad. Esta implica a la globalización pero no al revés, o lo que es lo mismo, la modernidad es intrínsecamente globalizadora²².

La noción de modernidad según Giddens refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante, con influencia progresivamente mundial. Se ha vivido, pues, la difusión de las instituciones modernas por medio del proceso de globalización que hoy ha alcanzado un nuevo punto de inflexión sustentado en el desarrollo científico-tecnológico (aunque la discontinuidad mayor puede ubicarse en el proceso que dio lugar a la sociedad moderna a partir de la sociedad tradicional). La etapa actual puede definirse como de radicalización de la modernidad o como modernidad avanzada, una etapa mucho más abierta y contingente que la anterior y de problematización total de la tradición. Aproximadamente en los últimos cuarenta años, “la pauta de expansión ha comenzado a modificarse. Se ha hecho mucho más descentralizada, al tiempo que mucho más omniabarcante. Globalmente, se avanza en el sentido de un fuerte aumento de la interdependencia” (Giddens, 1997: 77).

Esta modernidad avanzada implica un proceso de creciente globalización que no tiene que ver solamente con la liberalización del mercado económico, sino que implica un cambio en las instituciones mundiales. De esta forma, la globalización puede definirse como un cambio de tales estructuras que está transformando nuestras vidas y cuya verdadera dinámica actual está dada por la revolución de las comunicaciones electrónicas. Al igual que Castells, Giddens ve en esta dinámica un resquebrajamiento de la soberanía de los estados. Los flujos –nuevamente– de fondos pueden desestabilizar las economías “nacionales”.

La etapa actual de globalización, que Giddens ubica en sus comienzos hace unas décadas atrás, supone que esta dinámica de relaciones a distancia se expande, y la nueva tecnología, la posibilidad de una

22 El capitalismo es para Giddens la acumulación de capital en el contexto de mercados competitivos de trabajo y productos, y como tal sólo una de las cuatro dimensiones de la modernidad. Las restantes tres son el sistema de estados-nación, el orden militar mundial (el control de los medios de violencia) y el desarrollo industrial como eje principal de la interacción entre seres humanos y naturaleza.

comunicación mundial instantánea, altera el propio tejido de la vida social. En efecto, el autor considera un hecho clave la puesta en órbita del primer satélite que hizo posible la comunicación instantánea entre dos partes cualesquiera de la Tierra. Su expresión “acción a distancia” refiere entonces al efecto cada vez mayor que tienen en las vidas cotidianas o en ámbitos locales las acciones que se realizan en lugares lejanos.

En sus conferencias de *Un mundo desbocado* ha resumido la globalización con la imagen de un prisma de tres caras y de fuerzas antitéticas. Por un lado, presiona hacia arriba e independiza a una economía globalizada respecto del poder de regulación de los estados nacionales; por otro, presiona lateralmente creando nuevas áreas económicas y revitalizando regiones unidas cultural o étnicamente, que traspasan las fronteras nacionales; finalmente, presiona hacia abajo y produce cambios en las identidades y en las relaciones personales y colectivas (Giddens, 1999; García Raggio, 2001). Si bien en su planteo la mundialización o globalización no va en una sola dirección, y puede entonces tener consecuencias diferentes según la región geográfica de que se trate, todo el cuadro funciona como una gran abstracción donde existen fuerzas irrefrenables que no es posible manejar a riesgo de una marginación de consecuencias peores.

Para identificar otros énfasis, corresponde ahora pasar a Saskia Sassen. Esta socióloga comenzó a ser conocida en América Latina fundamentalmente después de la difusión en español de su libro *La ciudad global* (Sassen, 1999), un trabajo originalmente publicado en inglés en 1991. Allí, una de las preguntas clave con carácter envolvente de muchas de sus preocupaciones es probablemente esta: “¿pueden los cambios en el flujo global de factores de producción, mercancías e información dar cuenta de una nueva expresión espacial de la lógica de acumulación?”. Para contestar esto se requiere “una elaboración teórica del concepto de movilidad del capital que lleve más allá de la dimensión locacional, debería también incluir la reorganización de las fuentes de excedente de valor que se tornan posibles a partir de los movimientos masivos de capital desde un área del mundo hacia otra” (Sassen, 1999: 48).

En el rastreo de formas que asumió la movilidad del capital a partir de la década del setenta, la autora identifica tres procesos. En primer lugar, uno más o menos conocido: la dispersión geográfica de la industria fabril; por ejemplo, la mudanza de la producción de indumentaria hacia zonas menos desarrolladas. En segundo lugar, encuentra la dispersión de tareas administrativas de rutina, lo que también se ajusta al comercio de servicios en expansión. Finalmente, un tercer proceso es el ingreso de grandes corporaciones a la comercialización minorista de servicios al consumidor, un segmento antes ocupado por pequeñas firmas (por ejemplo, alquiler de vehículos).

La creciente movilidad del capital tiene distintos efectos sobre la formación de los mercados de trabajo y sobre la regulación de una fuerza de trabajo global. Hay mercados de trabajo estructuralmente diferenciados, no sólo comparando países sino dentro de un mismo país. ¿Qué lugar ocupan aquí los trabajadores inmigrantes? ¿Son el “equivalente funcional” a la movilidad del capital? El hecho es que, ya se vea a estos flujos migratorios como una “alternativa” a la movilidad del capital, ya se los vea primero como un “componente” de la misma –ya que la movilidad del capital contribuye a la formación de un mercado de trabajo internacional–, o ya se los vea como una combinación de ambos, la idea es que según esta socióloga estamos ante un fenómeno nuevo (Sassen, 2001).

En *La ciudad global* (Sassen, 1999), su objetivo es relacionar inmigración, etnicidad y raza con los mercados laborales de Nueva York, Londres y Tokio. Explica que junto a la inmigración tradicional hay un conjunto de nuevas condiciones que la producen, y ello está vinculado a la creciente interrelación de las economías y a la precarización de la relación de empleo. Pero, en trabajos posteriores, la autora (entre muchos otros seguidores de la temática) focaliza su análisis sobre otras ciudades, expandiendo notoriamente el grupo incluido en la categoría como para totalizar una red de unas cuarenta ciudades globales²³. Esto implica entonces replantear, reproblematicar, el nuevo papel de casos como San Pablo, Shanghai, Hong Kong, Ciudad de México, Beirut, el corredor Dubai-Irán o Buenos Aires, que, como se notará, no pertenecen a países centrales.

Esto tiene inmediatas connotaciones conceptuales. Es decir, si no causa mayor inconveniente establecer que Frankfurt o Zurich son ciudades globales, sin duda no dejará de llamar la atención que San Pablo o Buenos Aires cumplan los criterios orientadores que permitan incluirlas en el mismo conjunto de plazas estratégicas de la economía mundial. En primer lugar porque en la categoría está implicada la gestión y control global. Esto supone sostener adicionalmente que la nueva geografía económica cruza la vieja división Norte-Sur, que se vuelve en buena medida insustancial para el análisis. Es precisamente considerando este alcance de supresión intrínseca de la separación centro-periferia, que se ha sostenido ya desde hace tiempo que se puede hablar de ciudades globales en un caso pero no en otro, proponiéndose términos como el de megaciudad (Fernández Durán, 1993).

Más allá de este u otros términos ofrecidos, se notará que no se trata de una mera discusión de rótulos. En la primera visión se acentúa el carácter de enclave de flujos globales, mientras que en la segunda se

23 Para un planteo resumido de este punto, al que relaciona con los impactos de la tecnología de la información en la economía, ver Sassen (2001).

pone en cuestión el corte nítido que deja tal visión entre el centro estratégico urbano y el Estado-nación del que forma parte.

Considérese, finalmente, uno de los trabajos más polémicos de los últimos años, *Imperio* (Hardt y Negri, 2002). No se va a insistir en lo conocido; se sabe que allí Antonio Negri y Michael Hardt realizan sin duda un novedoso ensamblaje de conceptos para explicar la transición de una era de imperialismos nacionales a una era del imperio. La primera se basó en la extensión de la soberanía de los estados-nación europeos más allá de fronteras; la segunda implica un proceso global que incluye la desaparición de la soberanía de los estados-nación, y este tránsito es también el de la modernidad a la posmodernidad, considerándola en un sentido cercano a las posturas marxistas de Jameson o Harvey de la etapa del capitalismo tardío.

Su postulado no implica negar la posición privilegiada de EE.UU., sino señalar que existen diferencias respecto de las antiguas potencias imperialistas, y que están dadas por la Constitución –como documento– y por la constitución material como composición de fuerzas sociales que hacen posible el proceso. Según lo exponen los autores, señalar que es una Constitución imperial quiere decir que, a diferencia del proyecto imperialista de diseminar el poder de manera lineal en espacios cerrados e invadir, destruir y absorber a los países sometidos, ahora se trata de “rearticular un espacio abierto y reinventar incesantemente relaciones diversas y singulares en red a lo largo y a lo ancho de un territorio sin fronteras” (Hardt y Negri, 2002: 173). Se podrá aceptar o no el postulado, se podrá rescatar su clara aseveración de que ningún Estado-nación puede hoy constituir el centro de un “proyecto imperialista”, pero de lo que no cabe duda es de que los autores nunca dicen que la dominación de EE.UU. se haya extinguido, sino que se trata de pensar cómo está cambiando dentro de otro contexto global y más allá de las posturas de presidentes en particular y sus redes de poder.

El imperio “ultradetermina”, abarca la totalidad espacial y opera en todos los registros del orden social, es decir, se presenta como biopoder; “una forma de poder que regula la vida social desde su interior” y según la cual “lo que está en juego es la producción y la reproducción de la vida misma” (2002: 38). El biopoder es parte de la “sociedad de control”, una sociedad que se desarrolla en el “borde último de la modernidad”. Es también una sociedad basada, siguiendo a Marx, en la supeditación o subsunción real del trabajo en el capital, que sustituye la etapa de supeditación o subsunción formal del trabajo en el capital. Esto requiere un nuevo papel de la comunicación y sugiere la conformación de un nuevo tipo de sociedad²⁴.

²⁴ Negri tiene toda una trayectoria intelectual muy importante que, sin embargo, se ha difundido ampliamente sólo después del éxito editorial de *Imperio*. Por ejemplo, los con-

La globalización es, además, la conformación de un mercado mundial, y esto también lo han sostenido teóricos de la empresa con visiones hiperglobalizadoras como Kenichi Ohmae. En este punto coinciden sin duda visiones distintas, pero cualquier inclusión simplificada en el mismo grupo en tanto “hiperglobalizadores” hace perder de vista los elementos que específicamente incorporan Negri y Hardt, y que los alejan de la anterior vertiente, partidaria a rajatabla del mercado. En particular, para Ohmae las regiones más prósperas son las más conectadas a los recursos de información y capital, y por tanto ese es el camino a seguir (Ohmae, 2001). Para los autores de *Imperio* (Hardt y Negri, 2002), el tema principal es que la globalización como dominio del capital es también la oportunidad de la alternativa, de otra globalización.

Se trata, en su visión, de un largo camino a recorrer; la lucha sólo es posible si es definida en oposición a las condiciones internacionales, imperiales, del dominio. En su perspectiva, reforzar las atribuciones del Estado-nación contra el capital global es posible sólo en cierta medida, y conduce a situaciones de aislamiento peores. Por ello, su conclusión es que se necesita recrear un nuevo tipo de estrategia, antes que bregar por la resurrección de las fronteras nacionales como estrategia defensiva (Hardt y Negri, 2002).

Las nuevas ideas en discusión son entonces, según estos autores, la construcción del ciudadano global, la “multitud” global. No existe un contrapoder eficaz sobre base nacional. En su interpretación han considerado que las migraciones tienen el potencial de desarrollarse y ser visualizadas como luchas de resistencia. Parten de establecer que la nueva etapa del capital es de desterritorialización, de “no lugar”. Ese nuevo poder descentralizado de dominio, ese “no lugar” que es el territorio del Imperio, requiere como alternativa la reapropiación por parte de una ciudadanía global del control sobre el espacio. En tal sentido, denominan “multitud” a la diversidad de hombres y mujeres caracterizados por ese movimiento de nomadismo e “hibridización”, de construcción de espacio sin límites, y que se visualiza como la fuerza creativa que puede transformarse en sujeto político. La única manera de resistir consiste en ganar el máximo de movilidad, el derecho a desplazarse a cualquier lugar, el derecho de ciudadanía universal (Negri, 2001).

ceptos de subsunción formal y real habían sido trabajados hacía años por Negri a partir de las anotaciones de Marx reunidas en el capítulo VI inédito de *El Capital*. El teórico italiano incorporaba tales conceptos en el marco de su tratamiento del pasaje del “obrero masa” al “obrero social” (Negri, 1992: cap. III).

LA “DUALIDAD” DEL SIGLO XXI

Del cuadro anterior puede observarse que, más allá del hincapié mayor o menor que se coloca en los gigantescos poderes que modelan nuestras sociedades, toda la construcción conceptual refiere a flujos o al acrecentamiento sin precedentes de “objetos” en movimiento, considerando a estos como ideas, bienes, fortunas, imágenes, mensajes o personas. Así es que, llegados aquí, no parece necesario insistir en ese carácter de marcada conectividad global que, a modo de cambio cualitativo, postulan quienes pueden incluirse en este paradigma.

Corresponde establecer algunos paralelismos con el paradigma de la modernización tratado en la primera parte. Semejante tarea en modo alguno pretende pasar por alto las mutaciones entre uno y otro período histórico. Por lo pronto, entre ambos existe una diferencia sustantiva: se ha modificado la base territorial implícita o explícita de referencia. Lo que antes implicaba un ángulo de análisis y una construcción de conocimiento acotado a los márgenes del Estado-nación, hoy se ha desplazado a una base espacio-temporal global. De todos modos, pueden identificarse algunos ejes comunes en el sentido apuntado.

En primer lugar, así como el paradigma de la modernización postulaba la industrialización avanzada como el referente básico, ingrediente sustantivo del desarrollo, hoy ese lugar pasa a cumplirlo el nuevo papel de la comunicación y la información, soporte de la interconexión y clave del cambio en la forma de percibir el espacio y el tiempo, la llamada “revolución de la información” para el acceso a la “sociedad de la información”.

Véase que tal dimensión juega un papel diferente en el paradigma del sistema histórico. Para Arrighi, también los cables submarinos del telégrafo y el ferrocarril impresionaron en su momento e hicieron posible el comercio cotidiano, lo que matizaría ese eje de análisis en su capacidad de transformación social. Para Castells, en cambio, el período actual sólo es comparable con el de la aparición del alfabeto en Grecia en el año 700 a.C. Una comparación histórica tan llamativa como esta tiende a marcar que estamos al comienzo de la globalización, por lo que es de esperar sacudidas mayores en el futuro.

En otras palabras, para este paradigma no se trata solamente de que el desarrollo informático y comunicacional otorga peculiar agilidad al traslado de la información, prácticamente paralela al movimiento de los capitales, sino que la información y la comunicación modifican la propia textura social y comienzan a cumplir un papel desconocido en las relaciones de producción mismas (como es el caso de la revolución biogenética).

En suma, la globalización se conecta directamente con los albores de la era informacional. Esto tiene un significado sociológico relevante, pues coloca en el centro de la tematización un aspecto de tejido, de co-

nexión, de relacionamiento, etc., sin antecedentes, y que requiere nuevas herramientas de análisis. Sin embargo, si ese fuera el caso, ¿qué homogeneidad real tiene esta etapa en el plano global? Huelga decir que, por el contrario, no sólo el acceso a esas redes globales sugiere oportunidades profundamente diferenciadas, sino que las formas no “integradas” que notoriamente se ubican en regiones periféricas pueden ser funcionales al sistema en su conjunto en función de la división global del trabajo. De hecho, como se veía en el paradigma centro-periferia de los sesenta, más que “no integrados” serían integrados de otra manera.

Por ello, ¿no se estará ante formas remozadas del viejo paradigma de la modernización cuando se establece una dualidad entre integrados a la era informacional y excluidos de ella? Recuérdese por ejemplo la tipología mencionada del propio Castells entre los trabajadores en red y los llamados trabajadores desconectados, con tareas específicas y sin interacción. En la periferia existen muchos casos de este tipo. El problema es que las formas de producción fordista, las prefordistas, lo directamente marginal, no constituyen una rémora sino el producto, la contracara intrínseca del dominio global e histórico que construyó el capital.

Se dice que en el nuevo paradigma el espacio adquiere una importancia más relevante que antes. Sin embargo, como postula Harvey, la aniquilación del espacio por medio del tiempo siempre estuvo en el centro de la dinámica capitalista. Quizás se pueda decir que lo que llamamos globalización es una exacerbación de ese principio, es decir, la posibilidad de poder explotar hasta pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene en términos de oferta de trabajo, recursos, infraestructuras, etcétera. “El dominio superior del espacio es un arma todavía más poderosa en la lucha de clases, ello se vuelve uno de los medios de aplicación de la aceleración y de redefinición de las habilidades a fuerzas de trabajo obstinadas en la resistencia” (Harvey, 1993: 265). ¿Pero esto sugiere en verdad un cambio tan cualitativo del capitalismo? ¿Tal premisa implica, acaso, disolver la polaridad centro-periferia?

Creemos advertir que bajo el paraguas de la idea de conectividad, flujos o redes globales, paradójicamente, algunas posturas del paradigma de la modernización vuelven a aparecer cuando se tiende a visualizar la coexistencia de tiempos y espacios diversos, sin ver las profundas articulaciones que los “envuelven” y permiten reproducir y ampliar las asimetrías globales. Por ello, hacer notar las articulaciones no visibles entre “conectados” y “desconectados” no supone otra cosa que recuperar la visión de que las relaciones capitalistas no se asientan sobre lo abstracto. Es decir, desde el ángulo de una aproximación conceptualmente estructuralista y abstracta del capital, se impide registrar lo que el paradigma centro-periferia permitía comenzar a visualizar en la década del sesenta: los grupos de poder y bloques de clases que desde los estados (ya que no existe un lugar virtual global para ubicarse si no

es dentro de los estados) hacen posible la reproducción de la interdependencia asimétrica.

En cuanto a la crisis de los estados-nación, o más exactamente la incapacidad institucional para controlar la esfera económica y provocar un viraje si la voluntad política estuviera en ese sentido, es un diagnóstico compartido por ambos paradigmas. Sin embargo, el tratamiento es diferente. Se advierte cierta debilidad conceptual desde el paradigma de flujos globales con referencia al papel del aparato estatal en la nueva etapa. Nuevamente: no puede olvidarse –digamos que debería ser un tema clave de la agenda de investigación inmediata– la caracterización de los grupos de poder, quizás más exactamente la trama de grupos, cuyos integrantes no necesariamente ostentan cargos públicos, pero que tienen influencia decisiva en las trayectorias que los estados recorren en la economía-mundo.

Si bien no se puede entrar aquí en la magnitud de tal discusión, otra de las debilidades consiste en que simplemente hasta el momento el paradigma de los flujos no ha permitido problematizar la significación que tiene –eventualmente, tendría– un espacio integrado de estados. ¿O tal vez sólo es posible una integración liberal abierta a la globalización? Para América Latina esta discusión es esencial. Esto no pretende significar que el paradigma de sistema histórico la haya resuelto ni mucho menos. Como ya se dijo respecto de la teoría de la dependencia, no se trata simplemente de marcar restricciones sistémicas externas; si fuera sólo esto no estaríamos frente a un paradigma. Lo que se sostiene es que esta perspectiva permite la apertura de un plano conceptual que habilita a formular este tipo de preguntas²⁵.

En América Latina, Aníbal Quijano, retomando a Wallerstein, ha recordado que hablar de desarrollo –ahora que se vuelve a la discusión– significa hablar de un patrón de poder y no de un Estado-nación (Quijano, 2000b). Se puede decir adicionalmente, por ejemplo, que es un problema de posibilidades y obstáculos a la desconexión –por utilizar la expresión de Samir Amin– de la lógica global y de oportunidades y cierres subsecuentes para generar lo alternativo. A partir de lo anterior, pueden formularse interrogantes como los que siguen: ¿es posible que la formación de criterios políticos compartidos entre estados pueda ser capaz de impedir la subordinación a los agentes globalizadores actuales? ¿Constituye la integración regional, como ocurrió en la década

25 En 2003, nombres muy conocidos de esta corriente se dieron cita en Río de Janeiro precisamente para plantear estos temas. Como se ha dicho, al menos se han comenzado a formular las preguntas. Wallerstein se interrogaba: “¿puede Lula avanzar más en la dirección que representaba históricamente el PT en Brasil?”, y su principio de respuesta sugería que eso se relaciona, en buena medida, con la dinámica que pueda adquirir el Mercosur (Wallerstein, 2003).

del sesenta con el carácter del Estado, la apertura conceptual a pensar la generación de proyectos o el espacio de grietas de lo alternativo? ¿Qué papel tienen los movimientos sociales –en tanto actores antisistémicos– en tal construcción?

Obsérvese que, por ejemplo, para Hardt y Negri las preguntas deberían ser otras, como las que hacen a la subjetividad capitalista. Lo cual puede ser a la vez cierto y falso si no se especifican concretamente los referentes. Y claramente debe descartarse como tal el espacio macro-regional. De hecho, en el breve pasaje que dedican a la discusión que se dio en América Latina²⁶, apuntan a lo ilusorio que significa si quiera realizarse la pregunta.

Hardt y Negri indican que, “como alternativa al ‘falso desarrollo’ fomentado por los economistas de los países capitalistas dominantes, los teóricos del subdesarrollo promueven el ‘desarrollo real’, que implica desvincular una economía de sus relaciones dependientes y articular, en un relativo aislamiento, una estructura económica autónoma”. Posteriormente agregan:

la noción alternativa de desarrollo, paradójicamente, se construye sobre la base de la misma ilusión histórica que caracteriza la visión desarrollista hegemónica a la que se opone. La creciente imposición del mercado mundial debería destruir la creencia de que un país o región puede aislarse o desvincularse de las redes globales de poder a fin de recrear las condiciones para su desarrollo, tal como lo hicieron los países capitalistas dominantes [...] Cualquier intento de aislamiento o separación sólo significará un modo más brutal de dominación del sistema global, una reducción a la debilidad y a la pobreza” (Hardt y Negri, 2002: 264-265).

El planteo no parece estar a la altura de lo que se pretende discutir. Las alusiones de inflexión histórica se asientan en abstracciones: nuevo paradigma, mercado global, etcétera. Se podrá argüir que todo el cuadro necesariamente requiere una gran generalización; sin embargo, la invitación sugiere una clara cancelación temática del desarrollo y la integración regional en función de una inflexión global que merece otra mirada global.

Cabría finalmente recordar que la historia de los últimos cincuenta años está repleta de diagnósticos de sociedades posindustriales (a las que se designa de distinta manera), así como de las inflexiones

26 *Imperio & Imperialismo* de Atilio Boron (2002) no es precisamente un examen sereno del libro de Negri y Hardt, pero entre sus observaciones resulta atendible sin duda el monumental desconocimiento que les adjudica a los autores de la realidad y la bibliografía latinoamericanas. Y esto no es una cuestión opcional cuando se pretende un cuadro como el que apunta *Imperio* (Hardt y Negri, 2002).

sociales que provocan o provocarían. Después de todo, puede rastrearse a Toffler (de su “tercera ola” en adelante) como una de las inspiraciones de Castells, lo que sugiere que de allí bien puede haber adquirido cierto irreal optimismo tecnológico²⁷. Sea como fuere, parece observarse que, más allá de las variantes políticas de sus autores, todos ellos remarcan desde este paradigma que el peligro mayor es estar “afuera” de la interacción informacional global. Si es así, ¿qué significa efectivamente el “afuera” y qué implica estar “adentro”?

BALANCE Y DESAFÍOS DEL PARADIGMA CENTRO-PERIFERIA

Decía Milton Santos que los grandes cambios históricos hieren mortalmente los conceptos vigentes. Y de hecho nadie duda que estamos ante cambios globales que exigen una nueva cosmovisión. Así es que las ciencias sociales tienen un desafío que está en marcha, pero al mismo tiempo existe un peligro en el que se puede caer. Lo primero es que no se puede estar al margen de las transformaciones, sino que debemos ser sensibles, tener una actitud abierta para identificar y procesar las anomalías que se presentan, ponderar hasta dónde pueden ser digeridas dentro del paradigma, hasta qué punto se requiere una reformulación, hasta qué punto es necesaria una revolución científica. Lo segundo consiste en exagerar la novedad de algunos procesos sociales, haciendo olvidar que algunos temas anteriores continúan presentes y, aunque deban reformularse en el nuevo contexto, siguen siendo tan actuales como siempre.

Desde este ángulo de reflexión, no es de extrañar que diversos autores no vacilen en considerar que se está ante un cambio de paradigma, ni que, en consecuencia, se haya generado tal catálogo de dudas sobre aquello a lo que realmente se quiere aludir con globalización y mundialización. Probablemente influya que, si bien la decodificación del concepto puede llegar a ser muy diferente, de alguna manera resulta una expresión atractiva, ya que atesora la idea de un proyecto universal que trasciende los particularismos.

De todos modos, deben tenerse presentes las extremas variaciones que pueden encontrarse entre los numerosos autores que están tratando de pensar las sociedades actuales a partir de esta postura, por la cual se marca que se está al comienzo de una gigantesca mutación social. En el caso de América Latina, no puede dejar de mencionarse, por su trayectoria intelectual, al sociólogo brasileño recientemente fallecido, Octavio Ianni. Se recordará que entre sus últimos trabajos –y desde su temprano mapeo orientador de aproximaciones a la globalización– mostraba precisamente una sensibilidad especial para tratar de

²⁷ Ciertamente, Castells tiene abundantes investigaciones propias sobre la temática, así es que tampoco se sugiere que sea proclive a copias fáciles.

identificar el desafío de las ciencias sociales frente a lo nuevo, que era la sociedad global (Ianni, 1997)²⁸.

Sin embargo, una alineación exagerada en la identificación de lo nuevo se vuelve problemática en términos explicativos –y de praxis posibles– de las sociedades latinoamericanas cuando, de la mano de la matización implícita o explícita de la variable geopolítica, se deja de proyectar la histórica influencia de EE.UU. No es preciso insistir en los profundos efectos analíticos para pensar la región que tiene este aspecto, y que en buena medida se marcaron como coordenadas de aproximación en la primera parte.

En cambio parece más útil, en lo que sigue, caracterizar cómo se presentan los dos paradigmas sociológicos actualmente. Tomando en cuenta la perspectiva sociológica general que ha sustentado este trabajo, y la esquematización ya esbozada en la segunda parte, puede delimitarse el siguiente cuadro orientador.

Dimensiones	Sistema histórico	Flujos globales
Polarización centro-periferia como clave explicativa	+	-
Relevancia de la variable geopolítica	+	-
Necesidad de los estados-nación en la acumulación global	+	-
Contribución de bloques sociales de clase a acumulación	+	-
Proyección de un mercado mundial de bienes y capitales	-	+
Posibilidad de relativa autonomía de la acumulación global	+ / -	-
Magnitud de cambio sociohistórico/ papel de información-comunicación	- / +	+
Alteraciones del tejido social a partir de los cambios en curso	- / +	+

+ dimensión importante en el análisis

- dimensión ausente o poco importante en el análisis

+ / - dimensión habitualmente importante pero en ocasiones no ponderada especialmente

- / + dimensión habitualmente no valorada especialmente pero presente en ocasiones

En los últimos años, Wallerstein ha cuestionado, como es conocido, el carácter estadocéntrico de las ciencias sociales. Porque más allá de evaluar patrones “internacionales”, era claro que el Estado se consideraba en general como la “frontera natural” de la vida social (Wallerstein, 1996b; 1999; 2001). Esto no puede desprenderse asimismo del origen de

28 Ianni caracterizó la situación actual, más que como globalización, como “era del globalismo”, entendida como configuración geohistórica producto del desarrollo intensivo y extensivo del capitalismo, pero igualmente marcando que no siempre anula lo preexistente (Ianni, 1999). En cambio, entre las posiciones de intelectuales latinoamericanos que, contrariamente, han tendido a enfatizar los aspectos de continuidad más que de cambio en lo que habitualmente se designa como globalización, puede ubicarse a Boron (1999).

la sociología como campo disciplinario, ya que surge en los últimos años del siglo XIX cuando uno de los problemas clave era el de la cohesión de la sociedad al interior de los estados europeos, algunos nacientes.

Esto sin duda debe ser tenido en cuenta para el análisis de la realidad latinoamericana actual, como no lo fue en la década del sesenta. Sin embargo, ya se advierte un peligro: que la desilusión sobre las expectativas de considerar al Estado como agente de desarrollo ahora se traslade mecánicamente como ilusión sobre la escala regional. El desarrollo, al cual se le pueden adosar calificativos atractivos como el de desarrollo sustentable, puede encontrar así, en una escala mayor, una posibilidad teórica abierta para proyectar resoluciones simples²⁹.

Es más, la preocupación original de la sociología sobre la cohesión (en el sentido de orden social) y el equilibrio al interior de estados nacientes y cambiantes puede trasladarse al plano ampliado de integraciones regionales igualmente nacientes y cambiantes. De hecho, algunos organismos globales ya están comenzando a mostrar mayor sensibilidad por los indicadores de desigualdad social y su necesidad de comparación intra-regional.

Frente a este escenario, existe un desafío de aplicación concreta y de generación de nuevas categorías de análisis desde el paradigma centro-periferia. Sin análisis crítico de actores, prácticas y territorio involucrados, sin ponderar intereses en tensión, sin evaluar bloques de poder posibles, todo puede convertirse en un ejercicio reflexivo estéril y una repetición de las tesis desarrollistas de la década del cincuenta y sesenta aunque ahora consideradas en una escala espacial mayor y con condimento de sociedad de la información.

Por ejemplo, seguramente, si se piensa al Mercosur como base de un proyecto de integración latinoamericana con cierta autonomía, se está sugiriendo un proceso extremadamente complejo. La vastedad de los esfuerzos reclamados en el mismo hace pensar, además de en otros actores, en burguesías nacionales con capacidad de sostenerlo. Pero de inmediato es posible advertir diferencias de composición de la clase dominante en los dos grandes países del bloque. Es decir, es conocido que existen en Brasil grupos económicos locales importantes, particularmente una burguesía paulista fuerte que no está separada del accionar del gobierno de Lula, mientras, por el contrario, el grado de extranjerización de la industria, comercio, finanzas y servicios es muy

29 Algunas de las complejidades que encierra el problema fueron ya advertidas para el caso del Mercosur por Gerónimo de Sierra. Cabe agregar que este sociólogo observó tempranamente la potencialidad del Mercosur como proceso de integración regional más allá de los gobiernos neoliberales de turno (De Sierra, 2001). Sobre este tema todavía queda por recorrer un gran camino conceptual de sistematización no eurocéntrica.

alto en Argentina a causa de las ventas generalizadas de paquetes accionarios en la década del noventa.

Admítase entonces que se trata de la reconstrucción de una “burguesía nacional”. Sin embargo, ¿no resulta toda la propuesta una renovada ilusión? Los argumentos de los que dimos cuenta en la primera parte, de falsa separación de lo que entonces se caracterizaba como “oligarquía latifundista”, y de falsa expectativa de una separación de lo que entonces se caracterizaba como “imperialismo”, parecen haber sido olvidados para resurgir sin problematización en otro plano geográfico y social de análisis. Es un desafío renovado ponderar concretamente hasta dónde se mantienen o no las consideraciones de los sesenta. Sin embargo, dentro del paradigma de los flujos globales, tal línea de interrogantes ni siquiera sería pertinente. Si se dice que el poder está en otro lado a partir de la inflexión histórica que se vive, también puede desprenderse de ello la inutilidad de rescatar viejas preguntas.

Considerando la temática de la integración regional desde el paradigma centro-periferia, se sugiere en consecuencia la necesidad de orientarse hacia un marco analítico que permita establecer la nueva combinación de lo que llamamos estructura y acción. Esto significa que la preocupación por identificar las estructuras sociales globales actuales no puede hacer olvidar la existencia de un conjunto de actores que toman decisiones en distintas escalas espacio-temporales. Por ejemplo, además de grupos económicos locales y transnacionales, ¿qué capacidad tienen los movimientos antisistémicos regionales para impulsar otro proyecto de integración?

No es posible advertir esto desde el paradigma de los flujos globales. El peso teóricamente fatalista de la estructura se filtra en varias de sus posiciones. En tal sentido, se ha criticado correctamente que señalar, como dice Giddens, que la mundialización “se distingue porque nadie la controla” es afirmar una frase que vuelca las posiciones hacia los ideólogos de la globalización del capital (Gandarilla, 2001-2002). Lo mismo ocurre si se habla de interpretaciones que enfatizan las “fuerzas inexorables” del capital. En ambos casos, se está visualizando una totalidad sistémica altamente abstracta que pierde de vista la existencia de actores.

Es decir, sin caer en el voluntarismo o la ingenuidad que supone señalar que los procesos sociales globales y regionales son producto de la pura capacidad de algunos actores para tomar cursos de acción, tampoco se puede observar solamente el peso coercitivo “sistémico” o “estructural” que impida identificar la capacidad de los actores. En este sentido, el análisis sociológico no puede dejar de considerar prácticas especificadas por la relación centro-periferia que hacen posible la reproducción sistémica. Este fue tal vez uno de los legados más importantes de las discusiones cuando el paradigma era recién emergente. Esto implica, a la vez, una nueva articulación que incorpore fenómenos

de largo alcance que involucran aspectos territoriales macro con otros relacionados al análisis de aspectos coyunturales más acotados espacialmente. Ninguna perspectiva crítica puede dejar de tomar en cuenta la articulación de ambos niveles de análisis.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El razonamiento planteado pretendió mostrar los inicios, la creciente influencia, los bloqueos y la refundación del paradigma que, más allá de los nombres que han tomado las teorías tributarias del mismo, se centra en la reproducción asimétrica centro-periferia. A partir de aquí se trató de marcar sus potencialidades, también sus desafíos de futuro, para situar la construcción de lo alternativo en América Latina. El balance es que en su trayectoria permitió generar un marco por el que se pudo replantear críticamente, en ocasiones con mucha creatividad, el viejo tema del desarrollo frente a las posturas modernizadoras en auge.

Es decir, puede discutirse por ejemplo la pertinencia del concepto de superexplotación de Marini, si encerraba o no un examen correcto de una dimensión central que hace a la especificidad de las sociedades dependientes, pero no puede negarse que representa una búsqueda tendiente a visualizar cómo se cristaliza en relaciones sociales concretas la subordinación en la acumulación global. En este sentido, la dependencia, mejor aún, la interdependencia asimétrica, es un componente clave, pero no el paradigma en sí; es una guía que, consciente o inconscientemente, coloca en la agenda actual otras búsquedas teóricas.

Se recordará la inicial premisa basada en Khun en cuanto a que un paradigma funciona de manera espontánea, con frecuencia basado en evidencias aparentes. La mirada eurocéntrica de la modernización implicó esto por mucho tiempo, pero también, como lo ha caracterizado el sociólogo Aníbal Quijano, supuso una específica racionalidad cuya elaboración sistemática comenzó en Europa Occidental antes de mediados del siglo XVII, aunque algunas de sus raíces son sin duda más antiguas, y que se fue haciendo mundialmente hegemónica (Quijano, 2000a). En términos de Amin, las dos caras que se alimentan mutuamente –el atraso y el desarrollo– desaparecen bajo la fórmula “imitad al Occidente, que es el mejor de los mundos” (Amin, 1989).

Precisamente, en la primera parte de este trabajo se trató de mostrar cómo se expresó esto en América Latina en décadas pasadas. Sin embargo, también se ha intentado subrayar que estas ideas parecen resurgir incesantemente: de lo tradicional-moderno a la informalidad-formalidad a la marginalidad-exclusión-integración social a, finalmente, la desconexión-conexión con la sociedad de la información. Es cierto que el planteo general se ha complejizado a partir de la simple coexistencia de mundos sociales separados de la década del sesenta. Tam-

bién es cierto que las sociedades han profundizado su segmentación. Sin embargo, epistemológica y teóricamente, el esquema dual parece reproducirse cuando no se tiende a ponderar que existe una permanente lógica del capital donde la cara de subordinación es la inevitable contrapartida de la otra. El recorrido realizado reafirma la premisa: el capitalismo es siempre una totalidad heterogénea, y resulta preciso advertir las múltiples conexiones de lo diferente.

Se ha enfatizado, asimismo, la necesidad de transitar un camino que permita ir desbloqueando nuestra capacidad para analizar actores y prácticas específicas en proyectos de integración regional como uno de los temas clave del futuro. Esto implica el reconocimiento sociológico de varios niveles de tiempo y espacio a la vez. Débil y modesta nos parece la problematización que se ha realizado hasta el momento de este objeto desde el paradigma de sistema histórico. Al menos, no con la fuerza que el contexto histórico habilita a pensar. El final es indeterminado. El tiempo dirá si las anomalías a partir de las repercusiones teóricas de la praxis llevarán a confirmar, reformular o simplemente inviabilizar la continuidad del paradigma.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir 1981 (1970) *La acumulación a escala mundial* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 1986 (1973) *El desarrollo desigual* (Barcelona: Planeta-Agostini).
- Amin, Samir 1988 *La desconexión* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Amin, Samir 1989 *El eurocentrismo. Crítica de una ideología* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 1997 *Los desafíos de la mundialización* (México DF: Siglo XXI/CIICH-UNAM).
- Amin, Samir 1999 *El capitalismo en la era de la globalización* (Buenos Aires: Paidós).
- Ansaldi, Waldo 1992 "De historia y de sociología: la metáfora de la tortilla" en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Arrighi, Giovanni 1998 "La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital" en *Iniciativa Socialista*, N° 48, marzo. En <<http://www.inisoc.org/arrighi.htm>> .
- Arrighi, Giovanni 1999 *El largo siglo XX* (Madrid: Akal).

- Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel 1999 *Movimientos antisistémicos* (Madrid: Akal).
- Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly 2001 *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (Madrid: Akal).
- Bambirra, Vania 1978 *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (México DF: Era).
- Bambirra, Vania 1987 (1974) *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México DF: Siglo XXI).
- Boron, Atilio 1999 "Pensamiento único y resignación política. Los límites de una falsa coartada" en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 163, septiembre-octubre.
- Boron, Atilio 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean Claude y Passeron, Jean Claude 2001 (1973) *El oficio de sociólogo* (Madrid: Siglo XXI).
- Cardoso, Fernando H. 1993 *As ideas e seu lugar* (Petrópolis: Vozes).
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. 1990 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Castells, Manuel 1998a *La era de la información* (Madrid: Alianza).
- Castells, Manuel 1998b "Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa". Disponible en <<http://www.lafactoriaweb.com/articulos/castells7.htm>> 03/2005.
- Castells, Manuel 1999 "Globalización, sociedad y política en la era de la información" en *Análisis Político* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) N° 37, mayo-agosto.
- Chalmers, Alan 1987 (1982) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (Madrid: Siglo XXI).
- Chase-Dunn, Christopher 1999 "Globalization: a world-systems perspective" in *Journal of World-Systems Research*, Vol. V, N° 2. Disponible en <<http://jwsr.ucr.edu/archive/vol5/number2/html/chase-dunn/index.shtml>> 03/2005.
- Cueva, Agustín 1989 "El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período" en *Suplemento Estudios* (Montevideo) N° 102, julio.
- De Imaz, José Luis 1991 "Gino Germani y su época" en *Ciencia Hoy* (Buenos Aires) N° 12, marzo-abril.
- De la Fuente, Gerardo 1995 "Seducción: el pensamiento económico latinoamericano" en Zemelman, Hugo (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: UNAM-CRIM/Nueva Sociedad).

- De Sierra, Gerónimo 2001 “El Mercosur como proceso multidimensional y cómo estudiarlo desde las ciencias sociales” en De Sierra, Gerónimo (comp.) *Los rostros del Mercosur. El difícil camino de lo comercial a lo societal* (Buenos Aires: CLACSO).
- Di Filippo, Armando 1998 “Continuidad y cambio en la obra de Prebisch. Su concepto de excedente” en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.
- Di Tella, Torcuato 1991 “Gino Germani y su época” en *Ciencia Hoy* (Buenos Aires) N° 12, marzo-abril.
- Dos Santos, Theotônio 1972 *Dependencia y cambio social* (Santiago de Chile: CESO-Universidad de Chile).
- Dos Santos, Theotônio 1996 “El desarrollo latinoamericano: pasado, presente y futuro. Un homenaje a Andre Gunder Frank” en *Problemas del Desarrollo* (México: IIE-UNAM) N° 104, enero-marzo.
- Dos Santos, Theotônio 2003 *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas* (Buenos Aires: Plaza & Janes).
- Dosman, E. y Pollock, D. 1993 “Raul Prebisch, 1901-1971: la búsqueda constante” en Iglesias, Enrique (ed.) *El legado de Raúl Prebisch* (Washington: BID).
- Dosman, E. y Pollock, D. 1998 “Hasta UNCTAD y de regreso: divulgando el evangelio, 1964-1968” en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.
- Eisenstadt, S. N. 1970 *Ensayos sobre el cambio social y la modernización* (Madrid: Tecnos).
- Fernández Durán, Ramón 1993 *La explosión del desorden* (Madrid: Fundamentos).
- Frank, A. G. 1969a “La estructura de clases en América Latina” en *Clases y revolución en América Latina. Cuadernos de información política y económica* (Montevideo: Aportes) N° 1.
- Frank, A. G. 1969b “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología” en Frank, Andre Gunder; Real de Azúa, Carlos y González Casanova, Pablo *La sociología subdesarrollante* (Montevideo: Aportes).
- Frank, A. G. 1970a “El desarrollo del subdesarrollo” en *Economía Política del subdesarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Signos).
- Frank, A. G. 1970b *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).
- Frank, A. G. 1991 *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico* (Caracas: Nueva Sociedad).

- Frank, A. G. 1998 "Globalización, no occidentalización" en *Los retos de la globalización. Ensayos en homenaje a Theotônio Dos Santos* (UNESCO).
- Frank, A. G. 2002 "World System History and the World after September 11". Disponible en <http://rrojasdatabank.info/agfrank/after_9_11.html> (03/2005).
- Frank, A. G. y Fuentes, Marta 1988 "Para una nueva lectura de los movimientos sociales" en *Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad) N° 93, enero-febrero.
- Frank, A. G. y Fuentes, Marta 1991 "Les mouvements sociaux dans l'histoire récente" en *Le grand tumulte? Les mouvements sociaux dans l'économie-monde* (Paris: La Découverte).
- Gandarilla Salgado, José 2001-2002 "¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización?" en *Herramienta* (Buenos Aires: Antídoto) N° 18, Verano.
- García Raggio, Ana María 2001 "Anthony Giddens y las promesas de la política: una aproximación crítica a la teoría de la globalización" en *Sociedad* (Buenos Aires: FCS-UBA) N° 17-18.
- Germani, Gino 1972 "Aspectos teóricos de la marginalidad" en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción) N° 23, enero-abril.
- Germani, Gino 1979 *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós).
- Germani, Gino 1980 *El concepto de marginalidad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Giddens, A. 1987 (1967) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Giddens, A. 1995 (1984) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Giddens, A. 1997 *Modernización reflexiva* (Madrid: Alianza).
- Giddens, A. 1999 *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas* (Madrid: Taurus).
- Giddens, A. 2001 "Ciencias Sociales y globalización" en *Sociedad* (Buenos Aires: FCS-UBA) N° 17-18.
- González Casanova, Pablo 1987 (1969) *Sociología de la explotación* (México DF: Siglo XXI).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 (2000) *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Harvey, David 1985 (1973) *Urbanismo y desigualdad social* (Madrid: Siglo XXI).
- Harvey, David 1993 (1989) *A condição pós-moderna. Uma pesquisa sobre as origens da mundança cultural* (São Paulo: Loyola).
- Hodara, Joseph 1998 "Las confesiones de don Raúl. El capitalismo periférico" en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.

- Horowitz, Irving L. 1992 "Modernización, antimodernización y estructura social. Reconsiderando a Gino Germani en el contexto actual" en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Ianni, O. 1997 *Teorías de la globalización* (México DF: Siglo XXI/CIICH-UNAM).
- Ianni, O. 1999 "La era del globalismo" en *Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad) N° 163, septiembre-octubre.
- Kuhn, T. S. 1986 (1962) *La estructura de las revoluciones científicas* (México DF: FCE).
- Laclau, Ernesto 1986 (1977) *Política e ideología en la teoría marxista* (Madrid: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto 1987 "Del post-marxismo al radicalismo democrático" en *Materiales para el debate contemporáneo* (Montevideo: CLAEH).
- Marini, Ruy Mauro 1969 *Subdesarrollo y revolución* (México DF: Siglo XXI).
- Marini, Ruy Mauro 1993 *Democracia e integración* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Negri, Antonio 1992 *Fin de siglo* (Barcelona: Paidós).
- Negri, Antonio 2001 "La globalización sucede al colapso de los estados-nación" en *Semanario Brecha* (Montevideo) 20 de julio.
- Nun, José 1988 "Marginalidad y otras cuestiones" en Bessols; Donoso; Massolo y Méndez *Antología de Sociología Urbana* (México DF: UNAM).
- Ohmae, Kenichi 2001 "Globalization, regions and the new economy", Center for Globalization and Policy Research, working paper. En <<http://www.spps.ucla.edu/cgpr/docs/ohmaewpno1.doc>> 03/2005.
- Oliveira, Francisco de 1972 "La economía brasileña: crítica a la razón dualista" en *El Trimestre Económico*, Vol. XXXVIII, N° 152.
- Prebisch, Raúl 1962 "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" en *Boletín Económico de América Latina* (CEPAL) Vol. VII, N° 1, febrero.
- Quijano, Aníbal 1988 "La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina" en Bessols; Donoso; Massolo y Méndez *Antología de Sociología Urbana* (México DF: UNAM).
- Quijano, Aníbal 2000a "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Aníbal 2000b "El fantasma del desarrollo en América Latina" en Acosta, Alberto (comp.) *El desarrollo en la globalización. El reto de América Latina* (Caracas: ILDIS/Nueva Sociedad).
- Raj, Kapil 1998 "Una nueva visita a la estructura de las revoluciones científicas: la transición de la ciencia tradicional a la ciencia moderna

- en la India” en *Redes* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes-Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia) Vol. 5, N° 11, junio.
- Richta, Radovan 1982 “La función de las ciencias sociales” en *Simposio de la UNESCO. Repercusiones sociales de la revolución científica y tecnológica* (Madrid: Tecnos-UNESCO).
- Robert, Pedro 1997 “Literatura sociológica uruguaya sobre movimientos sociales (1984-1995)”, mimeo.
- Rostow, W. W. 1973 (1960) *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista* (México DF: FCE).
- Sassen, Saskia 1999 (1991) *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio* (Buenos Aires: Eudeba).
- Sassen, Saskia 2001 “¿Por qué emigran de a millones?” en *Le Monde Diplomatique* (Buenos Aires) junio.
- Sassen, Saskia 2002 “Los impactos de las tecnologías de la información en la economía y en la política urbana” en *Apuntes de Investigación* (Buenos Aires: CECYP) N° 8, junio.
- Sonntag, H. 1988 *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad).
- Sonntag, Heinz R. (ed.) 1989 *¿Nuevos temas, nuevos contenidos? Las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el nuevo siglo* (Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad).
- Stavenhagen, Rodolfo 1970 (1963) “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” en Cardoso y Weffort (eds.) *Ensayos de Interpretación sociológico-política* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria).
- Stavenhagen, Rodolfo 1997 “Treinta años después” en *Análisis Político* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) N° 31, mayo-agosto.
- Vitiello, Antonio 1992 “La sociología de Gino Germani” en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Wallerstein, I. 1994 (1974) *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI* (México DF: Siglo XXI).
- Wallerstein, I. 1996a *Después del liberalismo* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. (coord.) 1996b *Abrir las ciencias sociales* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. 1998 *Impensar las Ciencias Sociales* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).

- Wallerstein, I. 1999 *El legado de la Sociología, la promesa de la ciencia social* (Caracas: UNESCO/CENDES/Nueva Sociedad).
- Wallerstein, I. 2001 *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. 2003 “Brasil y el sistema mundo” en *Semanario Brecha* (Montevideo) 10 de octubre.
- Werz, Nikolaus 1995 *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).